

Selección TERROR

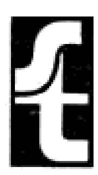
EL MONSTRUO

Clark Carrados

EL MONSTRUO

CLARK CARRADOS

Colección
SELECCION TERROR n.° 472
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84 02 02506-4
Depósito legal: B. 328-1982
Impreso en Espada Printed in Spain
1ª edición: marzo, 1982
1ª edición en América: septiembre, 1982

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1981

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

467 — Siniestro, *Lou Carrigan.*
468 — Macabra inmortalidad, *Ralph Barby.*
469 — El comprador de recuerdos, *Lou Carrigan.*
470 — En la tumba, oscuridad, *Clark Carrados.*
471 — La muerte se mira al espejo, *Ada Coretti.*


SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre observaba la casa mediante unos prismáticos, que acercaban enormemente las imágenes. Llevaba horas en aquel lugar, entregado a una paciente espera y todavía no había captado el menor detalle que le permitiese sentir un mínimo de optimismo.

Andy Howe, sin embargo, sabía ser sufrido y esperaba todo el tiempo que fuese, con tal de conseguir su objetivo. Pero en aquellos momentos empezaba a dudar de que su espera pudiese dar algún resultado satisfactorio. No obstante, era su oficio y debía continuar allí.

Una vez se encendió luz en una Ventana. Howe divisó perfectamente el cuadrado amarillo y los gemelos le trajeron hasta las retinas la silueta de una persona que se movía en el interior de la estancia, aunque no pudiera precisar qué hacía. La luz se apagó apenas un par de minutos más tarde.

Al poco rato, se encendió una luz en el piso alto. Dos personas entraron en la habitación. Una de ellas era una mujer. Las cortinas estaban descorridas y Howe pudo contemplar la escena con todo detalle.

Ella empezó a quitarse la ropa. Howe sonrió para sí.

—Bonito espectáculo, —murmuró.

Era una mujer que había pasado ya de los treinta años, pero que poseía un considerable atractivo físico.

—Muchas jovencitas que presumen deberían tomar ejemplo de esa fulana —dijo entre dientes.

El hombre la abrazó apasionadamente. Luego la arrastró y ella se dejó llevar con gran complacencia. Aunque la luz seguía encendida, la pareja se había salido ya de su campo visual, aunque no le costó demasiado imaginarse lo que iba a suceder.

—Buen provecho —dijo, burlón.

Y, en el mismo instante, oyó un feroz gruñido a sus espaldas.

Alarmado, se volvió. Dejó los prismáticos y forcejeó para sacar el pequeño revólver que llevaba consigo.

Algo enormemente peludo, con ojos que brillaban fosforescentes en las tinieblas y dientes terriblemente afilados, se le echó encima.

Howe se puso en pie. La fiera cayó sobre él y le asestó un terrible zarpazo que lo derribó de espaldas. Howe sintió un intensísimo dolor en el hombro izquierdo y percibió el calorcillo de la sangre que había brotado de la herida.

A pesar de todo, conservaba el conocimiento y trató de utilizar el arma. Pero un nuevo zarpazo se la arrancó de la mano, antes de que hubiera podido apretar el gatillo.

El dolor le hizo gritar. Oyó un horrendo chasquido y supo que su brazo había sido roto.

Esta vez, casi se desmayó. Cuando la fiera se le echó encima, vio sus dientes que despedían destellos asesinos.

Gritó de nuevo, pero las fauces que se cerraron sobre su garganta cortaron su voz casi instantáneamente. El dolor ascendió en llameantes oleadas hasta su cerebro y provocó en el acto el corte de todas las sensaciones.

En el último instante, adquirió la consciencia de que iba a morir. Pero no podía hacer nada para evitarlo.

El día era claro, cálido, anunciando una primavera radian te, a pesar de que, hacía el Norte se veían algunos negros nubarrones, aunque estaban todavía a ras del horizonte. Kid Calhoun caminaba con paso mesurado, a la vez que silbaba a medio tono una alegre cancioncilla.

El paisaje era muy agradable, aunque Calhoun los había visto mejores. Vio algunas flores tempranas y un par de conejos corretearon en sus inmediaciones. Súbitamente, los conejos se escondieron.

Alzó la vista. Un halcón planeaba en las alturas. De pronto el pájaro se lanzó en un veloz picado. Cuando alzó el vuelo, llevaba en sus garras un inexperto gazapillo que no había sabido escapar a tiempo.

—Así es la vida —filosofó.

Algunas abejas zumbaban entre las flores. Una vez alejado el halcón, los pájaros que se habían escondido continuaron con sus revoloteos.

No lejos de donde estaba divisó un arroyo de saltarinas y transparentes aguas. A mucha mayor distancia, pudo ver dos casas, relativamente cerca la una de la otra. Una era bastante grande y, aunque parecía descuidada, resultaba evidente que había conocido momentos de gran esplendor.

La otra era mucho más pequeña, de dos plantas y parecía la vivienda de algún modesto granjero. Dada la distancia, parecían estar juntas, pero Calhoun supo advertir que había unos trescientos metros entre los dos edificios.

Los árboles abundaban alrededor de las casas, en especial los robles y encinas. En las orillas del arroyo se veían numerosos álamos y chopos.

—Si fuese verano, me daría un baño —murmuró.

Pero se hallaba en una comarca que, aunque relativamente llana,

estaba a pocas millas de las montañas y el agua debía de bajar casi helada, arrastrando los resultados de la primera fusión de las nieves. Sin embargo, pensó que lavarse un poco la cara y las manos le entonaría bastante, aparte de que podría llenar de nuevo su cantimplora.

Calhoun iba ataviado como un excursionista, con gorro de punto, cazadora, pantalones de pana y recias botas. A la espalda llevaba una mochila con su equipaje.

Era un hombre joven, de unos treinta años, de buena estatura y facciones agradables. Por la parte delantera del gorro asomaba un puñado de cabellos de color pajizo. Los ojos eran azules, muy claros, uno de sus principales atractivos físicos y «culpables» del gran éxito que tenía con las mujeres

De repente, oyó un extraño sonido Era una mezcla de gruñido y gemido y, desde luego, no salía de la garganta de un ser humano.

Crujieron unos ramajes en las inmediaciones. Atraído por la curiosidad, Calhoun se acercó al arbusto y separó las ramas con las manos.

Un enorme perro lobo, de pelaje gris oscuro, con el vientre casi blanco, le enseñó los dientes amenazadoramente. El can intentó andar, pero la pata delantera izquierda le falló de repente y cayó de costado.

No obstante, intentó levantarse de nuevo. Gruñendo y quejándose, el enorme perro intentó quitarse algo de la pata con los dientes. Calhoun adivinó que estaba herido.

Rodeó los matorrales. El perro, con el vientre apoyado en el suelo, le enseñó los dientes.

«Demonios, podría destrozarme la garganta de un solo mordisco», se dijo.

Había algo de sangre en la pata del can. Calhoun dio un par de pasos.

—No temas, no quiero hacerte daño —dijo a media voz, con acento persuasivo—. Sólo quiero ayudarte…

Arriesgándose a una dentellada, se acercó más todavía y pasó una mano por la cabeza del perro. El animal gruñó, aunque en un tono más bajo, pero ahora no parecía abrigar ya sentimientos hostiles.

Calhoun se acuclilló y continuó acariciando al animal.

—Deja que vea lo que te pasa… No temas, no te haré daño…

Tomó la pata y la dio un suave masaje. Luego volvió un poco la parte inferior. Entonces vio la aguda espina que se había introducido en la planta.

Un examen más atento le hizo saber que no era una espina, sino un clavo de punta muy afilada. Sin dejar de hablar amistosamente el animal, agarró la cabeza del clavo con dos dedos y dio un brusco

tirón.

El perro emitió un pequeño ladrido y trató de lamerse la herida, que sangraba ligeramente. Calhoun se quitó la mochila y buscó en ella elementos de cura, que llevaba en una pequeña bolsita. Desinfectó la herida con un poco de mercromina y luego envolvió la base de la pata con tiras adhesivas.

El can se libraría por sí solo de aquel somero vendaje, cuando notase la mejoría de su lesión. Al terminar, se puso en pie. El perro se levantó también.

Hombre y bestia se contemplaron recíprocamente. El animal meneó la cola.

—Me gustaría saber cómo te llamas —dijo Calhoun.

El perro no llevaba collar, aunque sí señales en su cuello de haberlo tenido anteriormente.

El perro ladró y volvió a menear la cola. Luego se alejó, bojeaba todavía un poco, pero eso le duraría un par de días lo sumo, calculó el joven.

—Adiós, amigo.

Calhoun cargó nuevamente con la mochila y reanudó su camino, un cuarto de hora más tarde, oyó una enérgica interjección.

—Maldito trasto… Me gustaría que fueses ella, para romperte las narices de un buen puñetazo…

A Calhoun no le extrañó tanto aquella serie de improperas, como el hecho de que hubieran sido proferidos por una mujer. Adelantó unos cuantos pasos más, apartó con las manos unos espesos ramajes y entonces, con gran asombro, se dio cuenta de que estaba al borde de una carretera.

* * *

La espesa vegetación de aquel lado le había impedido darse cuenta de que se hallaba en las inmediaciones de un camino. Frente a él, había un coche parado, con la tapa del motor levantada, y al lado se divisaba a una hermosa joven, que parecía muy enojada.

Ella tenía el pelo negro y poseía una silueta realmente escultural. Vestía un chaquetón a cuadros azules y blancos, pantalones negros y botas de media caña. El chaquetón, abierto, permitía ver debajo un *pullover* de fino tejido, en el que se marcaban las firmes curvas de un pecho de proporciones clásicas.

El coche estaba averiado, dedujo Calhoun inmediatamente. La chica era evidente, no sabía cómo solucionar la avería

—¿Puedo ayudarla en algo, señora?

La joven se volvió en el acto y respingó al ver un rostro que

asomaba entre el frondoso ramaje.

—¿Estaba encerrado en una redoma? —preguntó.

—No soy un genio, castigado por algún mago poderoso a vivir en una botella, tapada con el sello de Salomón. Pero me gustaría serlo y le haría aparecer una carroza tirada por seis caballos, con cuatro lacayos. Así solucionaría su problema, me parece.

Ella se echó a reír.

—Me conformo con que entienda algo de automóviles —dijo—. Una de dos: o este trasto es inteligente, y he hecho algo que lo ha ofendido, por lo que se niega a seguir funcionando, o es sólo un montón de chatarra con cuatro ruedas. Particularmente, y conociendo a su dueña, me inclino por la segunda solución. ¿Y usted?

—Deje que eche un vistazo a esa maravilla de la industria automovilística británica — contestó Calhoun, a la vez que salía a la carretera. Meneó la cabeza—. Desde luego, este coche no ganaría ningún concurso de elegancia —añadió.

—La dueña es muy descuidada. Yo hubiera usado el mío, mucho mejor, modestia aparte, pero ayer mismo, un ser que demuestra la veracidad de las teorías de Darwin, me embistió, con su coche y me causó algunas averías en el mío, entre ellas, el desajuste de la dirección. Por eso tuve que llevarlo al taller y pedir prestado a mí amiga el suyo.

—Tiene usted una manera muy elegante de llamar mono al autor del desaguisado — sonrió Calhoun—, ¿Hay gasolina en el depósito?

—Más de la mitad, no me tome por despistada. Hay carga en la batería y… Bueno, el maldito trasto se niega a andar, eso es todo.

Calhoun probó con la llave de contacto, pero no hubo la menor respuesta. Luego se asomó al motor y examinó sus alrededores con gran atención. De pronto, lanzó una exclamación.

—Ah, creo que ya lo tengo.

Sacó una navajita, peló los extremos de un cable que aparecía partido, los empalmó y luego cubrió la unión con un trozo de esparadrapo.

—Ya está —anunció.

La chica se sentó tras el volante. El motor arrancó a la primera.

—Le aseguro que yo habría estado examinando el motor mil años y no habría sabido dar con la avería —dijo, con graciosa sonrisa.

—Pues a mí me habría gustado que no encontrase la avería en esos mil años, porque así yo también viviría otro tanto —rió él—. Me llamo Calhoun —se presentó.

—Soy una tonta, aún no le he dicho mi nombre. Maureen Delbert.

Calhoun hizo una profunda reverencia.

—Es para mí un gran honor conocerla, señorita Delbert.

¿Tratamiento correcto? —Sí, soy soltera. Y yo, además del honor de conocerle, he tenido el placer de contar con su inestimable ayuda, señor Calhoun. ¿Quiere que le lleve a alguna parte? Por su atuendo, deduzco que viaja a pie…

—Lo hago precisamente para perder el óxido que me invadía, después de una larga temporada de trabajo sedentario. Quiero decir que me estoy tomando unas vacaciones y del modo que más me agrada.

—Viajando por donde le parece y sin someterse a horarios ni a itinerarios fijos. —Exactamente. Hoy duermo aquí, mañana en otro sitio y pasado Dios dirá. Bueno, no quiero entretenerle más, señorita.

Maureen le tendió una mano. Calhoun observó que tenía los ojos verdes más bonitos que había visto en su vida.

—Me dirijo a Stodd Green —manifestó—. Bueno, en realidad voy a un lugar situado en las inmediaciones, llamado Hetwell Hills, aunque me parece que tendré que pernoctar en el pueblo. Hetwell Hills debe de estar inhabitable o poco menos, y antes de que lo ponga en condiciones, pueden pasar algunos días. En tal caso, un día me agradaría ofrecerle mi hospitalidad.

—Tomo nota, de su ofrecimiento y quizá lo acepte —contestó él.

Maureen hizo un gesto amistoso. Luego entró en el coche, quitó el freno de mano, embragó una marcha y arrancó rápidamente, tocando la bocina un par de veces en señal de despedida.

Calhoun quedó en la carretera, pellizcándose el labio inferior con aire pensativo.

—Es curioso —murmuró—. Yo también voy a Stodd Green… y debo investigar lo que sucede en Hetwell Hills. Una coincidencia muy notable, sí, señor.

Reanudó la marcha a campo traviesa. Estaba seguro de que volvería a ver nuevamente a Maureen.

Pero antes tenía que averiguar qué motivos llevaban a la joven a un lugar al cual él también se dirigía.

Capítulo II

—La casa está abandonada, aunque no resultará difícil restaurarla y hacerla habitable de nuevo —dijo Neil Chane, abogado—. Ahora bien, nos vamos a ver en dificultades para poder contratar a los operarios que se precisan.

—¿Por qué? —preguntó Maureen.

—Hay dos problemas que tendremos que resolver, señorita Delbert — contestó Chane—. En primer lugar, el asunto de la herencia no se ha aclarado todavía de forma satisfactoria.

—Reconozco que hay dificultades, pero tengo la seguridad de que la casa y las tierras me pertenecen. Mis abogados de Londres están haciendo lo imposible para completar la documentación pertinente. Por otra parte no existe la menor duda acerca de que soy yo la única heredera del difunto propietario. No se le conocían otros parientes ni es presumible que aparezcan, y muchos menos con derechos superiores a los míos.

—También en eso estamos de acuerdo, Lady Maureen. Es más, no hay inconveniente que vaya a la casa e incluso, si ello le apeteciese, que resida en ella. Sin embargo, estimo pertinente se abstenga de hacer ninguna modificación, hasta que el título de propiedad le haya sido atribuido plenamente.

—Muy bien, en todo caso, me arriesgaría a vivir allí una temporada —sonrió la joven—. Pero usted ha mencionado dos inconvenientes para su restauración. Solucionado el primero, es decir, confiando en que se solucione, ¿cuál es el segundo?

—La fiera de los Havistock, sus vecinos.

Maureen parpadeó, asombrada.

—¿Qué es eso? ¿.Acaso los tales Havistock tienen algún animal feroz que impide acercarse a las personas?

—No, no es eso. Se trata… Bien —dijo Chane, mordiéndose los labios—. Es una leyenda, ¿sabe?

—Ah, una historia de fantasmas.

—Eso se creía hasta hace un par de semanas, lady Maureen.

—No entiendo —dijo la joven—. Explíquese, por favor.

—Verá, hubo un tiempo en que los Havistock eran dueños de casi toda la comarca. Uno de ellos, según parece, se dedicaba a extraños experimentos que hoy se denominan de biología y que en aquella época se llamaban de vivisección.

—Estudio de los animales en vivo.

—Justamente. Bueno, parece ser que a principios del siglo pasado, o tal vez a finales del anterior, el Havistock científico —aunque algunos lo llamaban brujo y hasta decían que había hecho un trato con el diablo—, consiguió, con sus experimentos, crear una fiera de dimensiones descomunales, un lobo gigantesco como jamás se ha visto. He de señalar que los Havistock no eran personas demasiado apreciadas por las gentes de las comarcas. Exigían demasiado a sus colonos, los azotaban y apaleaban por el menor motivo, ultrajaban a sus mujeres especialmente a las solteras, aunque no desdeñaban las casadas o viudas jóvenes y atractivas…

—Vamos —rió la muchacha—, una especie de señores feudales de la época más reaccionaria.

—Sí, eso los definiría perfectamente. Tanto el padre, que era el que hacía experimentos con animales, como los dos hijos, eran tres demonios en ciertos aspectos y nunca parecían sentirse ahítos de sus placeres… como tampoco del dinero que obtenían por las rentas de sus numerosas tierras. Bueno, ellos sabían lo que sucedía y quisieron prevenirse contra una posible sublevación de colonos y arrendatarios.

—Y entonces fue cuando el jefe del clan creó la fiera.

—En efecto. Hay relatos hechos bajo juramento de personas que vieron al animal y todos coinciden en su enorme tamaño, un lobo tan grande como un poney de Shetland o un ternero de medio año.

—Tenía que resultar aterrador —dijo Maureen, que no quería mostrar su escepticismo.

—No debía de ser muy agradable, en efecto —convino Chane—. Por medio del lobo, asustaban a sus enemigos y aplacaban así toda veleidad de reacción. Pero al fin, las tropelías de los Havistock fueron tantas y tan insoportables que los aldeanos consiguieron superar su temor a la fiera y una noche se reunieron y asaltaron la casa. El padre y el hijo fueron muertos en el tumulto. El otro hijo, el menor de los dos, consiguió escapar y ya no se le vio jamás.

—¿Qué fue del lobo gigante?

—No se le encontró. Ardieron las caballerizas, al lado de las cuales estaban las perreras, donde encerraban a los perros de caza. Los campesinos, compasivos, soltaron a los animales, antes de prender fuego a aquellos departamentos, en donde sospechaban podía estar el lobo gigante. Naturalmente, iban preparados con escopetas para darle muerte, cuando saliera de su guarida, pero la fiera no apareció. Luego, tras el incendio, se encontraron algunos huesos de gran tamaño, pero los expertos no pudieron ponerse de acuerdo jamás sobre su origen. Algunos sí se adherían a la teoría del lobo gigante, en tanto que otros sostenían que pertenecían a un poney o bien a una vaca o ternera joven. Lo único cierto es que el padre y el primogénito murieron, porque los mataron antes de pegar fuego a la casa.

—Tal vez se trataba de un mastín excepcionalmente grande, que la imaginación popular confundió con un lobo gigante —apuntó Maureen—, Pero eso pasó ya hace casi doscientos años. ¿Qué tiene que ver la leyenda con la restauración de la propiedad?

—Es que… hace dos semanas, la fiera surgió de nuevo, salida de Dios sabe qué diabólico cubil, y atacó a un hombre y lo mató.

Maureen se quedó atónita. Chane hablaba con absoluta seriedad. Podía sentir dudas acerca de la leyenda de los Havistock, pero no de una muerte ocurrida sólo dos semanas antes.

—¿Seguro que ese hombre fue atacado por un lobo? —preguntó, tras unos segundos de silencio.

—En efecto, lady Maureen. El informe del forense no deja lugar a dudas. Yo lo he leído… Y, por si fuese poco, tuve que examinar el cadáver, puesto que soy el juez de la comarca. Para mí, no cabe duda de que el desdichado murió a causa del ataque del lobo que era de gran tamaño.

—Me hace sentirme preocupada, señor Chane. ¿Quiere eso decir que no encontraré operarios para restaurar Hetwell Hills?

—Si no se encuentra a la fiera y se le da muerte, dudo mucho de que encuentre trabajadores aquí. Tendría que traerlos de Londres, con el encarecimiento de gastos que eso supone.

Maureen se puso en pie. La entrevista se había celebrado en el despacho del abogado, en Stodd Green.

—Todavía no he tomado una determinación —manifestó—. Mientras tanto, supongo que no habrá inconveniente en que eche un vistazo a la propiedad.

—¡Ninguno, en efecto! —contestó Chane, a la vez que le entregaba las llaves—. Por cierto, si no se queda allí, puedo recomendarle la casa de la señora Valley. Es confortable y ella guisa estupendamente.

—Lo tendré en cuenta —dijo ella, sonriendo—. Ha sido un placer, abogado.

—El placer y el honor son míos, lady Maureen. Perdone un momento… Olvidaba algo interesante.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

Justus Havistock y su hijo Reinald, viven en la casa que era del guardabosques antiguamente, a trescientos metros de la mansión. Ambos son descendientes del Havistock superviviente. Según parece, éste consiguió escapar, aunque se ignoran los métodos, y emigró a América. Hace unos cincuenta años, Justus Havistock llegó y se instaló en la casa, del guardabosque.

—Pero si mi abuelo compró la propiedad…

—Havistock no vendió la casa del guardabosque; así consta en el contrato de venta, ya que él se reservó la propiedad de ese edificio,

con un pequeño terreno a su alrededor.

—Entiendo. ¿Qué tal son los actuales Havistock?

—Las gentes de Stodd Green han olvidado la leyenda de la maldad de sus antepasados. Los actuales, sin embargo, no se distinguen por su espíritu sociable.

—Ya… Bueno, en todo caso, los saludaré como vecinos, lo cual no significa que haya de entablar una intensa relación con ellos—. Maureen volvió a sonreír—. Buenos días, abogado.

—Buenos días, mi lady.

* * *

Con notable tristeza, Maureen pasó la vista por el interior de la casa. Era grande y había sido lujosa y espléndidamente decorada, pero ahora aparecía abandonada. Le faltaban algunos cristales y en las paredes se advirtió claramente la ausencia de algunos cuadros. Sin embargo, aparecía limpia; Maureen sabía que Chane enviaba regularmente a una mujer a cuidar del interior del edificio. Aquellos cristales rotos debían de ser muy recientes, fruto acaso de los juegos de unos chiquillos revoltosos, que sabían no iba a encontrar castigo para sus pedradas.

La cocina se hallaba en buenas condiciones, aunque estaba totalmente desprovista de víveres. Los dormitorios aparecieron en buen orden, con ropas limpias, aunque se notaba la humedad propia de un lugar deshabitado durante muchísimos años.

Había también leña junto a las chimeneas. Maureen probó la luz. Funcionaba. Examinó el frigorífico y lo conectó.

Era recién pasado el mediodía. Mejor que hospedarse en casa de la señora McGrundy, volvería al pueblo, compraría provisiones y se establecería en la casa durante algunos días.

La leyenda no le importaba en absoluto. En cuanto a la muerte del pobre diablo, debía de tratarse de algo accidental, coincidente con la leyenda del lobo gigante. Tal vez algún lobo hambriento, que había bajado de las montañas en busca de alimento… Pero aun así, la fiera no habría atacado al hombre, a menos que creyera se le cerraba el paso o que era ella la que iba a ser atacada.

Desechó tan lúgubres pensamientos. Se asomó al dormitorio y divisó la pequeña casa de los Havistock, a la distancia señalada, apenas visible por los árboles que abundaban en el lugar. Una tenue columnita de humo subía a las alturas, lo cual le indicó que los moradores de la antigua casa del guardabosque estaban en ella en aquellos momentos.

Ya les haría una visita en otro instante. Descendió a la planta baja,

cruzó el vestíbulo y abrió la puerta. Estuvo a punto de tropezarse con el hombre que se hallaba en el umbral.

—Hola —dijo él—. Vi su coche y se me ocurrió que debería saludarla. Soy Reinald Havistock.

—Maureen Delbert —respondió la muchacha—. La nueva propietaria de Hetwell Hills.

—Es un placer conocerla, señorita. Como vecino suyo, me ofrezco para lo que guste mandarme.

—Gracias, señor Havistock, es usted muy amable.

—¿Se marcha ya?

Maureen contempló unos instantes al sujeto, de unos treinta y cinco años, frente un tanto estrecha y ojos hundidos, pese a lo cual, no resultaba especialmente desagradable. Incluso parecía simpático, y, desde luego, tenía una desenvoltura que no rebasaba los límites de la discreción y el buen gusto.

—Voy al pueblo a comprar provisiones. Pienso establecerme en la casa, señor Havistock.

—De modo que es usted la propietaria… Sabíamos que el viejo Delbert había muerto, pero desconocíamos la identidad de su heredero. Celebro que sea usted, señorita.

—Muchísimas gracias. Y ahora, si me lo permite…

Havistock se apartó a un lado. Ella descendió los cuatro escalones que había hasta el suelo.

—Señorita —llamó Havistock de pronto.

Maureen se volvió.

—¿Si?

—Supongo que le habrán contado la leyenda de nuestro antepasado…

—Señor Havistock, yo juzgo a las personas por lo que son actualmente y no por lo que pudieran haber hecho sus antepasados. Por si le sirve de consuelo, le diré que un Delbert murió en las horcas de Tyburn, por salteador de caminos.

Havistock se echó a reír.

—Podría decirse que estamos empatados —exclamó jovialmente. Hizo un gesto con la mano—. He tenido muchísimo gusto en conocerla, señorita.

Maureen contestó con una leve inclinación de cabeza. Entró en el coche, arrancó y viró para tomar el camino que conducía al pueblo.

Capítulo III

Terminó de cenar, recogió los cacharros y fue al salón, en donde había encendido un alegre fuego. Había buscado un libro antes de la cena y se arrellanó en un sillón, con ánimo de pasar un rato antes de acostarse.

Le agradaba Hetwell Hills, pese a su leyenda. Era un lugar aislado, pero no demasiado lejos de un centro de población; tranquilo, silencioso y con unos espléndidos bosques a su alrededor. Hetwell Hills era precisamente lo que estaba necesitando en aquellos momentos.

Por un instante, episodios ya vividos acudieron a su mente, llenándola de congoja. Luego procuró ser fuerte. Aquello ya había pasado; no merecía la pena sufrir por algo de lo que no tenía la culpa. Ya no volvería a ver más a aquel hombre ni debía preocuparse por él en todos los días de su vida.

Pero el suceso le había causado una honda perturbación y estaba necesitada de tranquilidad; por ello había elegido Hetwells Hills para recobrar la perdida calma de su espíritu. Confiaba en conseguirlo en un espacio de tiempo no demasiado prolongado.

Consiguió absorberse en la lectura. En la casa reinaba un silencio absoluto. Un tronco chasqueó al partirse. Las chispas subieron a lo alto.

Se levantó y arregló la chimenea. Consultó el reloj; eran ya las diez de la noche.

Empezaba a sentir sueño. Ahogó un bostezo, puso la señal en el libro, que dejó en la butaca, y se encaminó hacia la puerta. Cuando la abría, oyó un extraño sonido.

Era una mezcla de queja y de gruñido animal al mismo tiempo. Apretando los labios, se esforzó por localizar el origen de los sonidos.

Parecían producirse allí mismo, en el vestíbulo, pero éste era muy amplio y no conseguía encontrar el lugar de donde partían los ruidos. Vio un enorme arcón y se acercó. Levantó la pesada tapa y lo vio completamente vacío.

Los ruidos cesaron al cabo de unos minutos. Maureen se dijo que tenía los nervios todavía alterados. Tal vez se trataba solamente de una ilusión de sus sentidos.

Cerró el arcón y se encaminó hacia la escalera que conducía al primer piso. Entonces oyó el sonido de unas uñas que rascaban la madera de la puerta.

Un helado escalofrío recorrió su espalda. Al cabo de unos segundos, giró en redondo y se encaminó hacia la puerta.

El ruido se repetía con cierta insistencia. Al mismo tiempo, oyó unos gañidos de queja. Luego, el animal que había al otro lado exhaló un tétrico aullido.

Maureen recordó entonces que tenía un pequeño revólver en su equipaje. Corrió al primer piso, buscó el arma y se asomó a la ventana.

Sí, el animal estaba ante la puerta, rascándola furiosamente con sus uñas. Maureen no vaciló; tomó puntería y apretó el gatillo.

La bala chocó contra la piedra de la escalinata, a un paso de la bestia, que saltó a un lado, a la vez que aullaba de pánico. Luego, el animal, asustado también por el estampido, emprendió una rápida fuga y se perdió en la oscuridad.

Maureen respiró aliviada. Bueno, si aquella bestia era la que había matado al desgraciado viandante, sabía cómo defenderse de ella. Las leyendas no servían de nada ante una bala de revólver… aunque no pudiera felicitarse precisamente por su puntería.

* * *

El sol lucía radiante a la mañana siguiente. Alejados sus temores, decido darse un paseo, a fin de conocer mejor su propiedad. Salió de la casa y se adentró en el bosque. El revólver estaba en uno de los bolsillos de su chaquetón.

Tendría que solucionar pronto los problemas de la propiedad. Entonces, contrataría una mujer para que se ocupase de las faenas de la casa. De todos modos, lo consultaría con el abogado aquel mismo día.

Durante un rato, paseó sin rumbo fijo. Ni siquiera sabía el tiempo transcurrido cuando, de repente, oyó un gruñido amenazador a pocos pasos de distancia.

La fiera apareció súbitamente, enseñando la dentadura, con el pelo erizado y moviendo la cola muy despacio. Maureen se quedó paralizada por el terror.

Entonces era cierto… Existía realmente la fiera de los Havistock. Allí estaba ante ella, disponiéndose a saltar para atacarla…

Muy lentamente, metió la mano en el bolsillo del chaquetón. Ahora había luz diurna y la distancia era muy corta. No fallaría el tiro.

El arma relució bajo los rayos del sol. Cuando se disponía a apretar el gatillo, oyó un grito:

—¡No dispare!

Maureen respingó. Se oyó crujido de ramajes. Un hombre apareció

ante sus ojos.

—¡Señor Calhoun! —exclamó.

El joven avanzó unos pasos.

—No dispare —repitió—. Es un animal inofensivo.

—¿Inofensivo? Iba a atacarme…

—Seguramente, es porque no la conoce. El instinto le ha hecho captar sensaciones hostiles en usted; por eso se disponía a defenderse, atacando, como es natural.

—¡Es un lobo, señor Calhoun! —dijo Maureen.

—No, un perro lobo, que lleva mucho tiempo en el campo, abandonado, y un tanto asilvestrado, lógicamente. Pero verá…

Calhoun se acercó al animal y le acarició la cabeza. El perro emitió un gruñido de contento y meneó la cola alegremente.

—Me lo encontré ayer —explicó Calhoun—, Tenía un clavo en una pata y se lo quité. Le curé y le vendé, pero, por lo visto, ha perdido ya el vendaje, lo cual quiere decir que está casi completamente bien.

—Anoche quiso entrar en mi casa —dijo ella, todavía recelosa.

—¿De veras?

—Le disparé un tiro, no puedo equivocarme.

—Es extraño —murmuró él—. Sin duda, tenía motivos para querer entrar en… ¿Hetwell Hills?

—Sí, justamente.

Calhoun llevaba todavía la mochila al hombro. Se despojó de ella, la abrió y extrajo un paquete envuelto en plástico. Enormemente asombrada, Maureen vio aparecer medio conejo, que el joven fue dando a trozos al perro.

—Lo cacé ayer, a lazo, y me sobró la mitad de la cena. El pobre animal está muerto de hambre. Fíjese cómo se le marcan las costillas…

—¿Habrá perdido a su amo? —apuntó ella.

—Es muy posible y si ese amo vivía en Hetwell Hills…

—Me enteraré cuando vaya al pueblo —dijo la muchacha—. Pero anoche, cuando lo vi, pensé que se había hecho realidad la leyenda de los Havistock.

—¿Qué leyenda es ésa, señorita Delbert?

—Es un tanto fantástica, pero si me permite que se la cuente…

—La escucharé con mucho gusto.

Calhoun se sentó en el suelo. El perro había terminado ya de comer y se acostó a su lado. —Nos hemos hecho amigos —sonrió él—. Empiece cuando guste.

Maureen habló durante unos minutos. Cuando terminó, Calhoun hizo un gesto con la cabeza.

—Muy fantástica, aunque hay ciertos visos de realidad en algunos pasajes de la misma —manifestó—. De todas formas, este perro no fue el que mató al viajero.

—¿Cómo puede asegurarlo?

—Es un animal bastante grande, pero no tanto como el que atacó a la víctima. Las huellas de los dientes en la garganta del muerto son mucho mayores que las que produciría este perro.

—Quizá tenga razón, pero, de todos modos, no me negará que es un animal que impresiona.

Calhoun se echó a reír.

—Ahora somos la mar de amigos. Y también lo será de usted, si confía en él.

Maureen se atrevió a acariciar la cabeza del animal. La cola del can se movió varias veces.

—¿Lo ve? Ya no hay problemas con él —dijo el joven—. Ahora convendría averiguar quién era su dueño.

—Debo ir luego a Stodd Green. Preguntaré allí.

—Nosotros nos quedamos. Si le parece bien, iré a visitarla esta tarde.

—Desde luego, aunque… ¿no me dijo usted que estaba viajando por el país?

Calhoun hizo un gesto ambiguo.

—Pero me detengo en los lugares que me gustan —contestó.

—Entiendo. Bien, si me dispensa…

Maureen se dispuso a abandonar aquel lugar. De pronto, recordó algo y sonrió.

—Usted es el Androcles de ese perro —dijo.

—Sí, aunque Androcles le quitó la espina al león, que luego respetó su vida en el circo. Y lo que yo le quité era un clavo de hierro.

—El resultado ha venido a ser el mismo. Buenos días, señor Calhoun.

—Buenos días, señorita Delbert.

Maureen llegó al pueblo una hora más tarde. Fue a casa del abogado Chane, con el cual consultó la conveniencia de contratar una mujer que la asistiera en las tareas de la casa. Chane prometió enviarle una al día siguiente. Luego, ella sacó a relucir el tema del perro que quería entrar en su casa.

—Ah, debe de ser «Kattoo», el perro de Harry Murphy —dijo Chane.

—¿Quién es Murphy?

—Un hombre ya viejo, que cuidaba de la casa. Yo le permitía vivir allí, porque era muy prudente y no causaba estropicios. Murió hace un

par de meses y el perro, naturalmente, no se podía quedar en la casa.
—Comprendo. Echa de menos al amo perdido.

—Sí. Los Havistock quisieron llevárselo, pero el can se escapó. Por lo visto, no había simpatía mutua entre ellos y «Kattoo».

—Me dio un buen susto anoche.

Maureen explicó lo que le había ocurrido y añadió—:

Llegué a creer que la leyenda se había hecho realidad.

—«Kattoo» es un animal muy dócil con las personas hacia las que siente afecto, pero resultará una buena protección para usted, si se decide a quedárselo. Yo me lo quedaría, si estuviese en su lugar, lady Maureen.

—Lo tendré en cuenta, muchas gracias.

Maureen regresó a su casa. Alrededor de las cinco, llamaron a la puerta.

Abrió. Un hombre y un perro estaban en el umbral.

—¿Podemos pasar? —consultó Calhoun.

Ella sonrió.

—Entren. A usted le haré una taza de té y… ¿Qué quiere para «Kattoo»?

—Ah, ya sabe el nombre del perro.

—Sí, conozco su historia… pero pasen, por favor.

Calhoun entró, seguido del perro, que parecía muy contento de hallarse de nuevo en un lugar del que había sido expulsado semanas antes. Maureen les hizo pasar a la biblioteca.

—Enseguida estará el té —dijo.

Cuando volvió, con la bandeja en las manos, «Kattoo» estaba estirado placenteramente frente al fuego. Maureen apreció muy pronto que su invitado no era un vagabundo corriente y, aunque se preguntó a qué se dedicaba, la discreción le hizo evitar preguntas que tal vez no hubieran tenido la respuesta deseada.

Al cabo de un rato, Calhoun se puso en pie.

—Vámonos, «Kattoo».

El perro se levantó en el acto. Maureen se mordió los labios.

—Señor Calhoun…

—¿Sí? —contestó él.

—Verá… No le conozco apenas, pero creo que puedo confiar en usted. Al menos, esta noche, me gustaría que se quedase en esta casa, con el perro…

—¿Tiene miedo de algo o de alguien? —preguntó Calhoun.

—La sirvienta no vendrá hasta mañana. Entonces, tendré compañía.

—Comprendo. Bien, agradezco su hospitalidad y «Kattoo» y yo nos

cuidaremos de que no le suceda nada —sonrió el joven.

Maureen pareció sentirse muy aliviada al oír aquella respuesta.

—Entonces, habrá de permitirme que le prepare de cenar — dijo, sonriendo deliciosamente. Acarició la cabeza del can—. Para ti también habrá algo, «Kattoo»— agregó.

El perro meneó la cola alegremente.

Capítulo IV

De pronto, «Kattoo» enderezó las orejas y emitió un sordo gruñido.

Calhoun dormía profundamente, pero despertó al oír los sonidos que emitía el animal.

—Quieto, quieto… —dijo suavemente.

«Kattoo» continuó gruñendo. Calhoun se dio cuenta de que el perro se iba hacia la puerta y que la arañaba con la pata derecha delantera, y todo ello sin dejar de dar perceptibles muestras de irritación.

El joven se sentó en la cama. Consultó la hora en la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Eran las doce y media.

El perro insistía en su actitud. Calhoun presintió que no lo hacía por capricho y se levantó, poniéndose rápidamente los pantalones. Encendió la luz y «Kattoo» se volvió hacia él, como si le pidiese salir de la habitación que le había asignado la dueña de la casa.

Descalzo, caminó hacia la puerta y abrió, «Kattoo» salió como una flecha y se precipitó hacia la planta baja.

Intrigado, Calhoun le siguió. El vestíbulo se hallaba iluminado por una sola lámpara, que arrojaba largas sombras por las paredes. Cuando descendía por las escaleras, vio al perro parado frente a un enorme arcón, con herrajes de refuerzo, sin dejar de mostrar los colmillos, a la vez que golpeaba el mueble con una de sus patas.

—¿Qué diablos te pasa, muchacho? —murmuró.

El perro emitió repentinamente un fuerte aullido de cólera.

—Calla, vas a despertar a la señorita…

«Kattoo» se echó sobre el vientre, pero continuaba con su actitud hostil. Calhoun se acercó al arcón y levantó la tapa.

Era un mueble enorme, de más de dos metros de largo y con capacidad suficiente para contener a dos o tres personas, sin demasiados agobios de espacio. «Kattoo» se levantó, apoyó las patas delanteras en el borde y ladró al interior del arcón.

—Pero si aquí no hay nadie —dijo Calhoun.

Repentinamente, se oyó una voz en lo alto de la escalera.

—¿Sucede algo?

El joven se volvió en el acto. Maureen estaba en el primer escalón, con una palmatoria en la mano.

—«Kattoo» se despertó de pronto y empezó a gruñir, señorita. Cuando le abría la puerta del dormitorio, bajó aquí y se situó frente al arcón —explicó—. Sin embargo, el arcón está vacío.

—¿Habrá un doble fondo? —sugirió Maureen.

—¿Por qué había de haberlo?

Ella hizo un gesto vago.

—Qué sé yo… Se me ocurrió de repente…

—Podríamos comprobarlo.

Calhoun se inclinó y golpeó el fondo del arcón con los nudillos. El sonido era claramente de hueco.

El arcón estaba sostenido por cuatro patas muy cortas, Calhoun se arrodilló y puso la cabeza al nivel del suelo. Entre éste y el fondo del arcón había un espacio de seis o siete centímetros. Estaba completamente despejado y no había el menor obstáculo entre el suelo de grandes baldosas y la parte inferior del arcón.

—No hay nada —dijo, al incorporarse.

«Kattoo» había dejado de gruñir.

—Siento haberla despertado, señorita —manifestó Calhoun.

—No se preocupe. Se dice que el instinto de los animales es infalible, pero, a veces, pienso, también pueden equivocarse —sonrió la muchacha.

—Sí, seguro.

—Y, sin embargo, anoche yo escuché ciertos ruidos que rae parece no procedían de «Kattoo» —añadió ella pensativamente.

—¿De verdad?

Maureen asintió.

—Sí, aunque como «Kattoo» apareció casi en el acto, se lo achaqué a él. Lo veía desde la ventana del dormitorio y había poca luz; por eso lo confundí con la fiera de los Havistock.

—Es sólo una leyenda, señorita.

—Eso creo yo también. Buenas, noches, señor Calhoun.

Maureen se retiró. Calhoun agarró al can por el cuello y tiró de él hacia la escalera. «Kattoo» se dejó llevar sin protestar.

Desayunaron juntos a la mañana siguiente. Cuando estaban terminando, llamaron a la puerta.

Maureen fue a abrir. Calhoun la oyó hablar con una mujer, que supuso era la sirvienta contratada. Luego, Maureen y la recién llegada fueron a la cocina.

Al cabo de un rato, Maureen regresó al comedor. Calhoun estaba ya en pie y ella adivinó sus intenciones.

—¿Se marcha?

—Sí, ya tiene compañía y no me necesita. Gracias por su hospitalidad, señorita Delbert. ¿Se quedará con «Kattoo»?

Antes de que Maureen pudiera contestar, se oyó el timbre de la puerta. Ella se disculpó y fue a abrir. Desde el comedor, Calhoun oyó

una exclamación de sorpresa proferida por la joven.

—¡Core! ¿Tú aquí? ¿A qué has venido…?

—Necesito hablar contigo, Maureen. Es muy importante — dijo el recién llegado—. Por favor no me despidas sin antes haberme escuchado.

—Está bien, entra, pero te advierto de antemano que conozco tus argumentos y que no me vas a convencer.

—Primero óyeme y luego júzgame, —contestó el hombre.

Calhoun echó a andar hacia la puerta. Una norma de elemental discreción le indicaba que debía abandonar la casa cuanto antes.

«Kattoo» le siguió. Cuando llegaban a la puerta del comedor, aparecieron Maureen y el visitante.

Este era un hombre joven, de unos treinta y dos años bien vestido y de facciones regulares. Lo que Calhoun encontró desagradable en el sujeto, fueron sus ojos, demasiado juntos y huidizos.

—Ah, Core, te presento al señor Calhoun, un buen amigo —dijo la muchacha—. Señor Calhoun, Core Gibbon.

Los dos hombres se saludaron con sendas inclinaciones de cabeza. Luego, Calhoun se volvió hacia Maureen.

—Quizá vuelva a verla algún día —sonrió.

—Siempre que guste —contestó ella graciosamente.

«Kattoo» siguió al joven. Maureen reparó en el detalle —Se marcha con usted —dijo.

—Yo diría que ha encontrado un nuevo amo, señorita Delbert.

Calhoun echó a andar. Cuando salía de la casa, oyó aún la voz del recién llegado, que sonaba apasionadamente

—Cometí un grave error y estoy dispuesto a repararlo…

Calhoun meneó la cabeza. Ya sabía que Maureen había estado prometida a un hombre, pero que se había roto e compromiso y que ella había sufrido una grave depresión. Adivinó que el hombre llamado Gibbon era el ex-prometido y se dijo que si ella no se mantenía firme, las relaciones volverían a establecerse de nuevo.

—Pero entonces, será un juguete de Gibbon y…

Se encogió de hombros. No era un asunto que le concerniese. Maureen debía solucionarlo por sí misma y enfrentarse directamente con su futuro.

* * *

Los golpes que sonaban en el interior del bosque atrajeron su atención. Seguido del perro, atravesó una zona particularmente espesa y llegó a un claro, en donde un hombre manejaba un hacha para, evidentemente, derribar un árbol de grueso tronco.

Calhoun contempló la labor del individuo, quien, al cabo de unos momentos, se percató de que no estaba solo y suspendió la tarea, volviéndose hacia el joven. Calhoun sonrió. —Hola —dijo—. Espero no ser un inoportuno…

—¿Qué hace por aquí? —preguntó el hombre, de mediana estatura, pero muy fornido.

—Pasear, si no le molesta. Me llamo Calhoun.

—Soy Ham Pattis. Este trozo de terreno me pertenece y estoy desbrozándolo, para sembrar cebada el año próximo.

—Oh, una excelente idea. Después vendrá la cerveza… o quizá el whisky.

Pattis sonrió maliciosamente.

—Vuelva dentro de un par de años y lo sabrá. Eh —exclamó de pronto—, ése es el perro del viejo Harry.

—Pues, sí, parece que lo echaron de casa cuando murió su dueño y se ha aficionado a mí —contestó el joven.

—Harry era un buen hombre —dijo Pattis—. Y todavía estaría vivo si no le hubieran asesinado.

Calhoun arqueó las cejas.

—¿Asesinado?

—Bueno —rezongó Pattis—, el informe del forense decía que murió a causa de un infarto, pero a mí no me la da. Harry fue asesinado.

—Curioso. ¿No le defendió su perro?

—¿Cómo podría saber el can que la comida estaba envenenada?

—Ah… Si fue así, ¿por qué tuvieron que matar a Harry?

—Eso habría que preguntárselo a los que viven en la casa del guardabosques de Hetwell

Hills.

—¿Los Havistock?

—¡Los Havistock no somos asesinos, miserable! —tronó súbitamente una voz en la que se captaban acentos de profunda cólera.

Calhoun se volvió, vivamente sorprendido. A diez pasos de distancia, se veía a un hombre de unos cincuenta y cinco años, todavía robusto, y de pelo y patillas blancas, con una escopeta de caza en el hueco del brazo izquierdo. El sobresalto de Pattis no fue menor.

—Señor Havistock… —dijo profundamente turbado.

—Ham Pattis, si no tienes la lengua quieta, un día te llevarás un buen disgusto — amenazó el recién llegado. Luego se volvió hacia el joven—: ¿Quién es usted, señor?

—Calhoun —respondió el interpelado—. Hombre en vacaciones.

—Un hombre en vacaciones, ¿lleva un perro ajeno?

—Se ve que le he gustado, señor Havistock. No iba a darle una dosis de estricnina para librarme de él.

El rostro de Havistock se deformó un instante, a impulsos de una violenta cólera. «Kattoo» gruñía sordamente y Calhoun, para evitar un incidente desagradable, lo sujetó por el cuello.

—Está bien, no tengo que comentar más sobre el particular —dijo Havistock—. Pero ya estás advertido, Ham.

—Yo no puedo evitar los rumores y los repito, porque eso es lo que dicen todos — contestó Pattis desafiadoramente—

Y si le sabe mal, vaya a protestar al sargento Dannell. Por otra parte, tenga en cuenta que se encuentra en propiedad ajena. «Mi» propiedad, señor —agregó el sujeto orgullosamente.

Los dientes de Havistock chirriaron. Brillaron sus ojos con furia, pero ya no dijo nada más; giró sobre sus talones y desapareció entre la espesura.

—¡Uf! —dijo Calhoun, cuando el sujeto se hubo perdido de vista—. Creí que iba a emprenderla a escopetazos con nosotros…

—Se habría visto en un buen lío si hubiese apretado e gatillo — contestó Pattis, haciendo una mueca de desprecio— Los Havistock tienen muchas ínfulas, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Pero están muertos de hambre o poco menos.

—Pobres, pero orgullosos.

—No se puede tener orgullo cuando se debe dinero a todo el mundo. Aunque quizá esperan pagar sus deudas con los billetes del viejo Delbert.

—¿Cómo?

—Por ahí se rumorea que el viejo Delbert dejó una importante suma de dinero en alguna parte. Yo no lo creo, pero algunos sí piensan que es cierto. —En tal caso, el dinero estaría en Hetwell Hills, ¿no?

Pattis hizo un ademán vago. Luego empuñó el hacha con mano firme.

—Esto es dinero, quiero decir, el trabajo —contestó.

—Sí, seguro —sonrió el joven—. Oiga, si es cierto que Harry murió envenenado, ¿cuál pudo ser la causa?

—Los billetes del señor Delbert, claro. Harry no permitía a los Havistock poner los pies en la casa y en un par de ocasiones les azuzó el perro. Así, decidieron vengarse… y tener el campo libre para registrar a fondo Hetwell Hills.

—Sin encontrar nada, a lo que parece.

—Aún no han saldado sus cuentas —respondió Pattis sarcásticamente.

Levantó el hacha para asestar un nuevo golpe al árbol, pero Calhoun le interrumpió una vez más.

—Perdone, amigo Ham, pero me gustaría preguntarle una cosa.

Pattis se volvió hacia el joven.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—La fiera de los Havistock. ¿Es cierto que hace poco atacó a un hombre y lo mató? —Para mí, fue un lobo desusadamente grande. Pero si los Havistock tuviesen esa fiera, ¿qué necesidad habrían tenido de emplear el veneno?

—En tal caso, la muerte de Harry habría sido atribuida a la fiera claro.

Pattis torció la boca.

—¿Quiere que le diga una cosa, señor Calhoun? Yo no creo en la fiera—. Blandió el hacha—. Y suponiendo que existiera, tengo aquí algo que no le haría cosquillas, precisamente.

Calhoun se llevó el índice a la sien.

—Dentro de dos años, volveré por aquí para probar su cerveza. ¿O será whisky?

Pattis soltó una atronadora risotada.

—Las dos cosas —respondió jovialmente

Capítulo V

Terminó su tarea, se enjugó el sudor de la frente con la manga de la camisa y luego fue hacia el chaquetón a cuadros que colgaba de la rama de un árbol. Sacó un frasquito de metal, desenroscó el tapón y tomó un par de buenos tragos, chasqueando apreciativamente la lengua.

El sol se había ocultado ya en el horizonte. Ham Pattis clavó el hacha en el tronco del árbol que iba a derribar al día siguiente, se echó el chaquetón al brazo y caminó hacia el próximo sendero, en donde había dejado el Land Rover en que había viajado hasta allí.

Cuando hubiese derribado los árboles que estimaba necesarios, alquilaría una máquina para arrancar los tocones. Luego cortaría los troncos en pedazos más pequeños y los dejaría secar un par de años, antes de emplearlos para el fuego en la destilería que pensaba instalar. El negocio de los pastos no daba apenas para vivir. Fabricando bebidas, se ganaría la vida mucho mejor, pensó.

El bosque se aclaraba a medida que avanzaba en su camino. La oscuridad era casi completa, aunque la luna había salido ya y él conocía perfectamente el terreno. Cuando avistaba el coche, oyó un extraño sonido.

Pattis se detuvo un instante. Era una mezcla de gruñido y rugido, un ruido como jamás había oído. De pronto, sintió miedo y lamentó haber dejado el hacha en el bosque.

El rugido se repitió. Acometido por el pánico, Pattis echó a correr. La salvación estaba en el coche… pero la fiera, súbitamente, le cerró el paso.

Pattis vio un cuerpo peludo, unas garras, unos ojos que brillaban como ascuas en la casi total penumbra del ocaso… y trató de defenderse, pero todo fue inútil. Su último y desgarrador alarido fue cortado por los colmillos que se hundieron en su garganta.

* * *

Calhoun llegó a la cueva que había encontrado casualmente y entrando franqueó el umbral, cubierto casi totalmente por unos espesos arbustos. Tenía allí un saco de dormir, provisiones y una lámpara. Sacó una lata de comida y la compartió con «Kattoo». Al terminar se fumó un cigarrillo.

Era casi de noche cuando decidió echarse a dormir. Entonces, vio a

«Kattoo» que miraba furiosamente hacia la entrada.

—Estás muy inquieto —dijo—. ¿Qué te pasa?

El animal gruñía sordamente. Calhoun le acarició el lomo, tratando de calmarle. En aquel instante, Calhoun creyó oír un distante grito.

—¡Cállate, «Kattoo»! —ordenó.

El perro se echó sobre el vientre. Calhoun aguzó el oído, pero no volvió a percibir más sonidos extraños.

—Ha debido ser una ilusión mía; también yo estoy un poco nervioso —murmuró, mientras se aprestaba a extender el saco de dormir.

El suelo de la cueva era de arena fina y seca. «Kattoo» se tumbó a su lado, aparentemente tranquilo.

Pasaron algunos minutos. De repente, el perro se lanzó como una flecha hacia el exterior, ladrando desaforadamente.

Calhoun acababa de conciliar el sueño y se sentó, maldiciendo entre dientes al can. Casi se arrepentía de haberlo aceptado como compañero. Desde la cueva, oyó los furiosos ladridos de «Kattoo», que se alejaban a medida que el perro ganaba terreno.

—Habrá olfateado alguna alimaña… —rezongó.

Y ya iba a tenderse de nuevo, confiando en que «Kattoo» volvería cuando se hubiese calmado su furia, cuando de pronto, oyó una serie de sonidos que le causaron gran extrañeza.

«Kattoo» parecía estar luchando con alguien. Ladraba coléricamente, pero, de pronto, sus ladridos se tornaron en gemidos de pánico.

El perro volvió momentos después, quejándose lastimeramente. Intrigado, Calhoun encendió la lámpara y examinó al animal.

«Kattoo» tenía sangre en el costado izquierdo. Había claras señales de una zarpa, aunque, por fortuna, las uñas habían causado solamente rasguños superficiales.

El can parecía muy asustado, cosa que Calhoun no estimó lógica. Buscó un poco de agua, lavó las heridas y luego las desinfectó con un poco de mercromina. «Kattoo» había dado con una hembra que estaba criando, el animal, lógicamente, habría defendido a sus cachorros con ferocidad sin límites.

Al cabo de un buen rato, el perro se calmó. Entonces, Calhoun pudo conciliar el sueño.

* * *

El ruido despertó a Maureen y la sobresaltó enormemente. Extrañada, se sentó en la cama y escuchó durante unos segundos.

Una tabla crujió en las inmediaciones. Maureen apretó los labios.

Core dormía en la casa. Se preguntó si su antiguo prometido era capaz de acudir a su dormitorio a aquellas horas de la noche, con fines no precisamente honestos. Con los nervios en tensión, permaneció en aquella postura, dispuesta a organizar un buen escándalo si Core se atrevía a penetrar en la alcoba.

Los pasos, aunque muy amortiguados, sonaban cada vez más próximos. Maureen notó que cesaban ante la puerta.

Esperó en silencio. Al cabo de unos segundos, oyó que los pasos se alejaban en sentido inverso.

Dedujo algo lógico; Core se había levantado, aunque desconocía los motivos, y había estado escuchando ante la puerta de su habitación, para saber si estaba dormida.

Ahora se alejaba, pero ¿qué era lo que pretendía el hombre?

Después de unos momentos de indecisión, encendió la luz, se levantó, y tras ponerse las zapatillas, corrió hacia la puerta del dormitorio.

Abrió poco a poco y escuchó en silencio. Desde el vestíbulo le llegó un leve sonido de bisagras sin engrasar.

Pisando de puntillas, avanzó a lo largo del corredor, hasta llegar al arranque de la escalera. No había nadie en el vestíbulo.

Maureen se mordió los labios. Indecisa nuevamente, volvió a rehacerse y se acercó a la puerta del dormitorio de su ex-prometido.

Llamó con los nudillos y con la voz:

—Core, Core…

Pero no obtuvo respuesta. Abrió la puerta y vio que la estancia se hallaba vacía.

Las ropas de la cama estaban en completo desorden. Gibbon, sin embargo, se había vestido, cosa que apreció en la siguiente ojeada.

—¿Adónde demonios habrá podido marcharse?

Atravesó el dormitorio y fue hacia la ventana. El coche de Gibbon estaba aún frente al edificio. Por tanto, su antiguo prometido debía de hallarse aún en la casa. Sin embargo, no se le ocurría un sitio determinado al que pudiera haber ido a una hora tan desusada.

Abandonando la estancia, descendió a la planta baja. Tal vez Core sentía hambre, pensó.

Pero no estaba en la cocina. Quizá lo que buscaba era un libro, si se había desvelado. La biblioteca estaba desierta igualmente y también el salón comedor. Maureen se detuvo en la puerta de este último, profundamente intrigada, mientras se mordía el labio inferior con un gesto maquinal.

De pronto, reparó en algo que se le antojó insólito.

—El arcón…

Se acercó al enorme cofre. Había unas grandes presillas, que

podían sujetarse a sendas cerraduras, las cuales, sin embargo, carecían de llaves. Las presillas estaban levantadas y ella recordaba muy bien haberlas visto en su sitio la última vez que se acercó al arcón.

Acercó ambas manos y se dispuso a levantar la tapa. Vaciló.

—Ahora, como en las películas de miedo, encontraré su cadáver…

Pero, decidiéndose, hizo fuerza y alzó la tapa.

El arcón estaba vacío.

El aire contenido largamente en sus pulmones salió en un profundo suspiro de alivio. No, Core no estaba allí. Bajó nuevamente la tapa. Las bisagras chirriaron. Maureen recordó haber oído aquel sonido a poco de haberse despertado.

—Mañana me oirá —dijo, furiosa, mientras regresaba a su dormitorio.

Ahora ya había tomado una decisión. Había estado a punto de ceder a los requerimientos de Gibbon y reanudar las relaciones, pero no volvería a flaquear.

—Lo echaré de casa con viento fresco —dijo resueltamente, mientras se quitaba la bata y se disponía a reanudar el sueño interrumpido de forma tan poco agradable.

* * *

La mañana era espléndida y los pájaros cantaban alegre mente en los árboles. Silbando una cancioncilla, Calhoun avanzó a través del bosque, seguido por «Kattoo», el cual parecía sentirse muy feliz a su lado. El perro iba de un lado para otro, husmeando por todas partes. Calhoun decidió pasar por las inmediaciones de la casa del guardabosque, con el fin de echar un vistazo. Todavía, sin embargo, le faltaban dos o tres millas para cumplir su objetivo.

De pronto, al remontar una pequeña loma, divisó a un grupo de gente a unos trescientos pasos de distancia, al borde de la carretera, en la que había algunos vehículos parados. Atraído por la curiosidad, encaminó sus pasos en aquella dirección.

Cuando llegó, oyó diversos comentarios que le hicieron sentirse muy intrigado. Algunos se volvieron para mirarle con curiosidad.

Calhoun divisó un bulto tendido en el suelo y cubierto con una manta. En aquel instante, se oyó el ruido de un automóvil que frenaba con cierta brusquedad.

Maureen se apeó del coche y corrió hacia el grupo de gente. Vio la forma inmóvil en el suelo y volvió la cabeza, a la vez que sufría un estremecimiento de horror.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el joven.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—La fiera de los Havistock ha atacado de nuevo —contestó.

—¿Qué? ¿Está segura?

—Eso es lo que me han dicho…

Calhoun apretó los labios. Luego se acercó al cadáver. Apartó a la gente con las manos, puso una rodilla en el suelo y levantó un pico de la manta.

Inmediatamente reconoció a Pattis. El aspecto del sujeto no tenía nada de agradable. Su garganta aparecía horriblemente desgarrada por unos dientes de potencia incalculable. Dejó caer de nuevo la manta y se acercó a la muchacha.

—Espantoso —calificó.

—La gente está muy excitada. Algunos hablan de ir a la casa del guardabosque…

—No pueden hacer eso —dijo Calhoun—. Convendría mejor que diesen una buena batida por los bosques. Aunque, a decir verdad, yo no creo en la leyenda de la fiera.

—Fue un animal feroz el que atacó a ese pobre hombre —respondió la muchacha. —Sobre eso, no cabe la menor duda. Pero no se puede acusar a una persona sin pruebas. Además, ¿Para qué iban a querer los Havistock una fiera semejante en su casa?

Sería una fuente inagotable de conflictos…

Un coche se divisó a lo lejos, acercándose al lugar donde yacía Pattis.

—Es Chane, el abogado —explicó Maureen—. También desempeña las funciones de magistrado instructor en casos de muerte violenta.

—Ah… Habrá que aguardar a que tome una decisión.

—Sí, como la otra vez. «Muerto por ataque de un animal feroz de características desconocidas» —recitó la joven con amargo sarcasmo —. Pero si la fiera sigue suelta, aquí no tendremos paz ni tranquilidad jamás.

—Señorita, usted es una persona culta, no puede creer en una leyenda absurda — protestó el joven.

Los ojos de Maureen centellearon.

—¿Es que no ha visto las horribles heridas de ese desgraciado?

—Sí, y vi también unas heridas muy semejantes hace algunas semanas —contestó él sin inmutarse—. Pero eso no significa que debamos perder la calma…

Chane estaba examinando el cadáver, junto con el médico forense en aquellas circunstancias. Cuando terminaron, dos hombres pusieron el cuerpo en una camilla y lo cargaron en una furgoneta que aguardaba a poca distancia.

Entonces, Calhoun tomó una decisión.

—Señor Chane…

El abogado se volvió.

—Es el señor Calhoun —dijo Maureen—, Está de vacaciones en la comarca.

—Es un placer —dijo Chane—. ¿En qué puedo servirle, señor Calhoun?

—Desearía hacerle una sugerencia —manifestó el joven—. Esa muerte parece idéntica a la que se produjo hace algunas semanas. Un hombre llamado Andy Howe murió atacado también por una bestia salvaje. Si me permite, le sugiero envíe el cadáver a Londres. Creo que sería conveniente un examen de las heridas por expertos de Scotland Yard.

Chane miró al joven con curiosidad.

—¿Quién es usted, señor Calhoun?

—Un amigo de Howe, señor.

Chane se volvió hacia el médico.

—¿Qué le parece, doctor?

—No es mala idea. A mí me parece que Pattis fue atacado por una fiera, pero mi experiencia en estos casos es bastante limitada. Lo único que puedo decir es que se trata de un animal de gran tamaño, pero ¿qué fiera de tales dimensiones puede existir en esta región?

—De acuerdo, doctor —Chane hizo un gesto de asentimiento—. Nos pondremos en contacto con el Yard, a fin de conocer la mejor forma de enviar el cadáver a Londres. ¿Puedo hacer algo por usted, lady Maureen?

La joven sonrió.

—Por ahora, nada, señor Chane —respondió.

Los curiosos empezaron a abandonar el lugar. Calhoun se enfrentó con Maureen.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Claro…

—Quédese con «Kattoo» —dijo él—. Tengo que ir al pueblo a reponer provisiones.

—En mi casa hay de sobra…

—Me interesa echar una ojeada a la gente de Stodd Green.

—Señor Calhoun, ¿«qué» es usted? —preguntó ella intencionadamente.

—Era amigo de Howe y ayer mismo estuve hablando con el pobre Pattis.

Capítulo VI

Almorzó en una taberna del pueblo, en la que pudo captar algunos detalles que estimó interesantes. Cuando terminó, preguntó al dueño, en el momento de abonar la cuenta, por un lugar en el que hospedarse durante la noche.

—Vaya a ver a la viuda Valley —indicó el hombre—. Suele alquilar habitaciones a forasteros. No hay hotel en Stodd Green; el negocio resultaría ruinoso.

—Gracias.

—La viuda Valley tiene su casa hacia la salida del pueblo. Es también la dueña de la tienda de comestibles; ya verá la muestra.

Calhoun abandonó la taberna y se encaminó en la dirección señalada. Minutos más tarde, abría la puerta de una tienda. Por encima de su cabeza sonó una campanilla: El local estaba desierto en aquellos momentos. Una mujer apareció a los pocos momentos, por una puerta situada al otro lado del mostrador.

—¿Qué desea, señor?

—Me han dicho que aquí se alquilan habitaciones, señora… ¿Señora Valley?

—En efecto.

—Me llamo Calhoun. Encantado, señora Valley.

—Digo lo mismo, señor Calhoun. El precio es de una libra y media diaria, con el desayuno incluido.

—Me conviene.

Calhoun sacó unos billetes y los puso sobre el mostrador.

—Le pagaré una semana por adelantado —dijo—. Sin embargo, puede que algunas noches venga algo tarde a dormir, señora.

—Le dejaré una llave de la puerta posterior. Así podrá entrar sin molestar, a la hora que le convenga.

—Estupendo.

—Si quiere acompañarme, le enseñaré su habitación.

—Es usted muy amable, señora Valley.

Ella levantó un trozo del mostrador para que el joven pudiera pasar. Era una mujer de unos treinta y cinco años, muy morena, de formas exuberantes y sólidas caderas. Tenía el pelo intensamente negro y estaba empapada de perfume hasta las orejas.

Los labios eran muy rojos y las pupilas tenían un tono verdoso que le confería un aspecto un tanto exótico, casi oriental. Calhoun cruzó la

otra puerta y se encontró en un corredor, al final del cual divisó una puerta. En el lado opuesto se hallaba la escalera que permitía el acceso al primer piso.

La señora Valley emprendió la ascensión. Segundos después, abría una puerta y se echaba a un lado.

—Es la mejor habitación de que dispongo, señor Calhoun. El joven asomó un poco la cabeza y luego hizo un gesto afirmativo.

—Me gusta —sonrió.

—Lo celebro. ¿Quiere quedarse ya o…?

—Por ahora no; sólo deseaba saber si podría alojarme en el pueblo. Volveré a la noche, señora Valley.

—Muy bien, en tal caso, le entregaré la llave ahora mismo. Minutos más tarde, Calhoun emprendía nuevamente la marcha hacia Hetwell Hills. Había tomado la habitación, porque presentía que su estancia en la comarca se iba a alargar más de lo calculado y no se sentía demasiado feliz al pensar que tenía que dormir todas las noches en una cueva.

Y además, sentía ciertas aprensiones hacia aquella desconocida fiera que había matado ya a dos personas. Sin embargo, había podido captar un detalle muy singular.

* * *

—Es una fiera, sí, y mata a sus víctimas a dentelladas, pero, en tal caso, ¿por qué no las devora?

La mano con que Maureen sostenía la tetera tembló ligeramente. Se rehízo un poco y llenó la taza de su visitante.

—¿Piensa usted que debería habérselas comido? —preguntó.

—Bueno, el cuerpo de una persona es un bocado muy grande. Ni siquiera un león o un tigre se comerían a un hombre de una sentada, a menos que se reuniese una pequeña manada. Pero deberían faltar trozos de su cuerpo y eso no ha sucedido.

—Quizá no siente hambre y ataca solamente por el placer de la sangre.

—Es posible, aunque no tan probable.

—¿Cuál es su opinión acerca del asunto?

—Estoy tratando de formar una medianamente aceptable, lady… Oiga, ¿no sabía que usted poseyera un título…?

Ella sonrió.

—Lo heredé con la propiedad —contestó—. Pero no es algo que exija utilicen mis interlocutores. Señor Calhoun, ¿qué es usted en realidad?

—Voy a decírselo. Usted encargó a una firma de abogados de

Londres investigaciones sobre la herencia. El jefe de la firma encomendó las primeras pesquisas a mí amigo y socio en la agencia de detectives, Pete Howe.

—Y usted viene ahora a investigar…

—Todo —contestó él firmemente.

—Deseo que tenga éxito —dijo Maureen—. ¿Ha averiguado algo interesante?

—Por lo que puedo deducir, no habrá problemas legales para usted en el aspecto de la herencia. Otra cosa son los derechos de los Havistock a la casa de los guardabosques. Ahí sí puede haber conflictos, aunque personalmente opino que usted podría solucionarlos sin demasiadas dificultades.

—¿Cómo, señor Calhoun?

—Una indemnización.

—¿Aceptarían?

—¿Quiere que tantee el terreno?

—No se perdería nada —aceptó ella—. ¿Cuándo irá a verlos?

Calhoun consultó su reloj.

—Es ya un poco tarde y se me haría de noche en el bosque, cosa que no me hace demasiada gracia. Iré mañana por la mañana.

—Muy bien. ¿Me permite que le invite a cenar?

—Permitido —sonrió él.

—Avisaré a la sirvienta para que ponga un plato más —dijo Maureen—. Por cierto, aún no sé su nombre…

—Edgar, señorita Delbert.

—Le llamarán Ed, seguramente.

—No, me llaman Kid.

Maureen rió suavemente. De pronto, se oyó el ruido de la puerta.

Ella se puso seria. Vaciló un instante y luego se acercó a la entrada del salón.

—Soy yo, señorita —sonó la voz de la sirvienta en el vestíbulo.

—Está bien, Sara. Creí que sería el señor Gibbon…

—No lo he visto yo desde anoche, señorita.

—Ya», volverá, no se preocupe. Ah, tenga la bondad de poner un plato más en la mesa; tengo un invitado a cenar.

—Sí, señorita.

Maureen cerró de nuevo y se encaró con su huésped.

—Estoy preocupada —declaró.

—¿Dónde está su prometido?

—Eso es precisamente lo que me tiene inquieta. Debió de salir anoche a alguna parte, pero no ha vuelta Sin embargo, su coche sigue en el mismo sitio; por eso pienso que tiene que volver en cualquier

momento.

—Volverá, no se preocupe. Reanudarán sus relaciones y se casarán…

Maureen movió la cabeza negativamente.

—No me casaré con el señor Gibbon respondió con firmeza.

* * *

Calhoun llegó a su habitación y exhaló un suspiro de placer. Después de varios días de vivir como un supuesto excursionista, había podido al fin tomarse un buen baño. Ahora le aguardaba una cama de mullido colchón y de frescas acogedoras sábanas. Al echar la ropa a un lado, percibió aroma de flores silvestres.

Tendido en la cama, encendió un cigarrillo y fumó apaciblemente, mientras repasaba con la mente los acontecimientos de los últimos días. En aquellos parajes había un enigma y era preciso resolverlo.

La leyenda de los Havistock le parecía algo en lo que no debía creer, aunque sí estimaba que podían tener en la casa algún animal de grandes dimensiones, que se les había escapado por dos veces, al menos. Sin embargo, ¿qué utilidad podía haber en la posesión de dicha fiera?

Acaso una extravagancia, una manía nada agradable. Calhoun sabía de personas estrambóticas, que tenían en sus casas los animales más extraños. Una vez había conocido a un «criador» de tarántulas y hasta había estado en su criadero, un lugar realmente horrible, en donde pudo ver al menos dos docenas de arañas tan grandes como su mano. Las rarezas de la gente alcanzaban en ocasiones límites insospechados.

Terminó el cigarrillo y apagó la luz. Empezó a dormirse.

De repente, oyó un ruido en la estancia contigua.

El sonido le arrancó del beatífico estado en que había caído, inmediatamente precedente al sueño. Alguien protestó a través del tabique.

—¡Reinald! ¿Te has vuelto loco?

—Nena, no podía aguantar más… Tenía que venir a ver— te… —contestó el hombre.

Calhoun se sentó en la cama. ¿Qué hacía Havistock hijo a aquellas horas en casa de la señora Valley?

Las voces se percibían con toda claridad. Calhoun se preguntó cómo podía establecerse la comunicación entre las dos estancias.

—Si el viejo se entera… —dijo ella.

—Rhoda, el viejo no tiene por qué enterarse. Yo no se lo voy a decir y tú, me imagino, tampoco irás allí a contarlo.

—Está bien, suelta lo que tengas que decirme y lárgate.

—¿No deseas que me quede?

—Reinald, eres un maldito bribón…

Sonó una risita maliciosa. Calhoun frunció el ceño, mientras trataba de averiguar el lugar por el que penetraban los sonidos en su habitación.

Encendió la luz. En la pared opuesta divisó un cuadro que representaba un paisaje campestre. Se levantó, y descalzo, se acercó al cuadro, que apartó cuidadosamente a un lado.

Había allí una ranura de unos seis centímetros de largo por uno y medio de ancho, aproximadamente. Al otro lado captó el reflejo de un cristal. Acaso alguien había practicado aquella ranura en tiempo pasados, para observar lo que podían hacer los huéspedes en el dormitorio que ahora ocupaba la dueña de la casa. ¿Lo sabía ella?

—Rhoda, ¿no tienes una copa para mí? —solicitó Havistock.

—Sí, hombre, sí —contestó ella resignada—. Allí, sírvete tú mismo. ¿Te sucede algo de particular?

—Necesito que me prestes cien libras —dijo Havistock sin rodeos.

Capítulo VII

La señora Valley estaba recostada en la cama, vestida solamente con un liviano camisón de color rojo fuego, que ocultaba muy poca cosa de su cuerpo opulento. Oyó aquellas palabras y pegó un respingo.

—Tú estás loco, Reinald —contestó en el acto.

Havistock se sirvió la copa y la despachó de un trago. Luego se volvió hacia la mujer.

—¿De veras no quieres prestarme ese dinero?

—Es una cifra muy alta y ya me debes casi mil… Reinald, si sigues así, vas a arruinarme.

—Sabes que pienso pagarte…

—Sí, cuando las ranas críen pelo —dijo ella sarcásticamente.

—¡Rhoda, maldita sea, no te burles de mí! Estoy sobre la pista, ¿sabes?

—¿No me dijiste eso el año pasado?

Havistock soltó un respingo.

—Cada vez me falta menos por registrar. Tengo el presentimiento de que encontraré el dinero muy pronto —dijo.

Volvió a beber. —Son más de cien mil libras —añadió—. Están en alguna parte y serán para mí… menos el diez por ciento que te daré, como premio a tus préstamos.

—Reinald, abajo tienes una cuenta tan larga, que no se podría medir con los brazos extendidos. Aparte de eso, me debes más de ochocientas libras… ¿y ahora quieres que te deje cien más?

—¿No te digo que estoy a punto…?

—Basta —cortó ella—. Reinald, escúchame bien y métete esto en la cabeza. Te daré cincuenta libras, ni una más; y si no tienes suficiente, tú verás cómo te las apañas, porque no me sacarás ni un solo penique, hasta que hayas saldado totalmente las deudas que tienes conmigo. Y no me vengas con la fábula del dinero que dejó el viejo Delbert, porque es una fantasía en la que sólo los tontos pueden creer.

—Está bien —se resignó él—. Me contentaré con las cincuenta libras.

—Si se entera el viejo, te armará un escándalo de los gordos — advirtió Rhoda.

—Deja al viejo en paz —rezongó Havistock.

—Tu padre no está bien. ¿Por qué no lo llevas a un asilo?

—Está mejor en casa. Sí, pasó una mala época cuando murió mi hermano, pero ya se ha restablecido. Rhoda…

—Dime, Reinald.

Havistock sonrió, mientras se acercaba a la cama. Apartó las ropas a un lado y contempló las piernas de la mujer, que el camisón dejaba prácticamente al descubierto.

—Estás arrebatadora —dijo roncamente.

—Sí, eso es lo que tú quieres. Vienes, me haces algunas carantoñas, me sacas el dinero y luego…

Havistock se arrojó furiosamente sobre la mujer. Calhoun no quiso seguir siendo espectador de una escena amorosa y volvió a poner el cuadro en su sitio.

Pero oía algunos sonidos que no le agradaban en absoluto, por lo que volvió a apartar el cuadro, para tapar la ranura con un pañuelo. Entonces, el silencio volvió a la habitación.

* * *

Desayunó abundantemente por la mañana. Rhoda, apreció, tenía ojeras bastante pronunciadas. «Ha debido de ser una noche muy movida», pensó Calhoun divertidamente. Tras el desayuno, salió de la casa y caminó sin prisas por la carretera durante un buen rato. Luego se desvió a su izquierda, adentrándose en el bosque.

Una hora más tarde, divisó la casa del guardabosque. Avanzó sin prisas, con los nervios en tensión. Los Havistock, tal vez, tenían un perro y…

Pero no hubo ladridos, ni siquiera cuando llamó a la casa. Pasaron unos momentos antes de que la puerta se abriera.

Un hombre de edad apareció ante sus ojos. Tenía el cabello completamente blanco y sus ojos le miraban a través de unos lentes de gruesos vidrios, con montura de acero.

—¿Qué desea, joven?

—¿Es usted el señor Havistock?

—En efecto…

—Me llamo Calhoun. ¿Podría hablar con usted?

—Acerca de qué, señor Calhoun?

—Hace algún tiempo, murió un hombre llamado Andy Howe…

—Perdone, pero de eso podrá hablarle mejor mi hijo —le interrumpió el anciano—, ¡Reinald!

¿Dónde estás? ¡Tienes una visita…!

El viejo emitió un gruñido.

—No me oye —dijo entre dientes—. Está muy ocupado…

—Ah, trabaja —sonrió Calhoun.

—Escribe… tonterías. Perdone, será mejor que vaya a buscarlo. Cuando se abstrae en su labor, no oiría ni un cañonazo disparado a la puerta de su habitación.

Havistock se alejó renqueando, a la vez que murmuraba palabras de enojo. Desapareció al otro lado de una puerta y Calhoun quedó en el umbral, ya que no le habían invitado a entrar en la casa. El interior era más bien modesto y se notaba claramente la falta de una mujer. No se podía decir que los Havistock fuesen unos entusiastas de la limpieza, aunque tampoco se podía hablar de suciedad respecto al ambiente.

Al fondo había una escalera angosta que comunicaba con el piso superior. De pronto, Calhoun percibió un extraño sonido.

Parecía como si alguien arañase la escalera, de peldaños de madera, brillante por el uso y con los bordes desgastados, Pero no había nadie y se preguntó si no habría sido una ilusión de sus sentidos.

El sonido era semejante al que haría un perro al arañar una puerta. Pero cesó a los pocos instantes.

Un par de minutos más tarde, apareció el joven Havistock, con la sonrisa en los labios.

—Ah, señor Calhoun… Mi padre me ha dicho que quiere usted hablarme acerca de la muerte de un tipo llamado Howe.

—Era mi socio —contestó el joven.

—Lo siento —dijo Havistock—. Créame, no puedo darle más detalles de los que ya se conocen de forma pública. Ni siquiera vi al muerto.

—Howe murió no lejos de esta casa…

—Eso no quiere decir nada. Supongo que no irá a largarme una serie de tonterías acerca de la fiera de los Havistock, ¿verdad?

—Yo no creo en leyendas. Pero el hecho indiscutible es que se han producido dos muertes muy extrañas y que una de las víctimas, además de socio, era un buen amigo mío.

—Mire, señor Calhoun, si pretende culparnos a los Havistock de esos desagradables sucesos… —Perdone —cortó el joven con firmeza —, pero creo que no me ha entendido. Yo no acuso a nadie ni tengo facultades para ello. Simplemente, investigo, lo cual significa que debo hacer preguntas y obtener respuestas.

—En tal caso, le diré que no tenemos nada que ver con esas muertes —dijo Havistock.

—Pero quizá sepa algo del animal que las causó.

—En absoluto. Ni siquiera tenemos perro, como habrá podido observar. En tal caso, y aunque se hubiese tratado de un pekinés, todo el mundo nos creería culpables.

—Creo que exagera, pero, en fin, no discutiré ese punto.: Por favor, señor Havistock, ¿no ha visto merodear al animal por las inmediaciones de la casa? O al menos, si le ha oído…

El joven Havistock hizo un enérgico movimiento de cabeza.

—No. Insisto, no sabemos nada, ni mi padre ni yo.

—Bien, en tal caso, no quiero seguir molestándole más. Le ruego me dispense si he dicho algo que haya podido ofenderle.

—No se preocupe. Es su trabajo, supongo.

—Sí, lo es.

Calhoun dio media vuelta y asió el pomo de la puerta. Cuando ya se disponía a abrir, Havistock le hizo una pregunta:

—Perdone, pero, ¿puedo saber qué investigaban ustedes?

—Es algo referente a las tierras de Hetwell Hills —contestó el joven—. Mi socio y yo trabajamos para una importante firma de abogados de Londres, que representa a la señorita Delbert.

—Lady Maureen —puntualizó Havistock con una sonrisa—. Ella heredó también el título…

—Ah, entonces, opina que es la legítima propietaria.

—Mi opinión no serviría de nada en un proceso legal, pero pienso así, en efecto.

—Muchas gracias. Buenos días, señor Havistock.

—He tenido mucho gusto, señor Calhoun.

El joven se alejó con paso mesurado. Havistock no había sido totalmente sincero, lo presentía. Pero si le ocultaba algo, ¿cómo poder demostrarlo?

* * *

—¿Y qué es lo que me oculta?

Maureen le miró con fijeza.

—¿No se le ocurre nada? —preguntó.

Calhoun terminó la taza de café que ella le había servido.

—Sí, creo que lo sé —contestó.

—Está bien, dígamelo. ¿O se trata de algo que no debo saber?

—En absoluto, sobre todo, si se piensa en lo que le beneficiaría. Se trata de cien mil libras en billetes que, según parece, hay escondidas en algún rincón de esta casa.

Los ojos de la joven se desorbitaron.

—Bromea —dijo.

—No. Mejor dicho, puede que las cien mil libras sean solamente una fantasía de Havistock, pero anoche le oí mencionar esa suma.

—Y esta mañana, cuando le entrevistó, lo negó…

—El que no mencionó nada fui yo. No quería que supiese que le había oído comentar el asunto con otra persona.

Maureen sonrió maliciosamente.

—¿Acaso estuvo escuchando con la oreja pegada a la cerradura de alguna puerta?

—Nada de eso, lo oí sin hacer nada por mi parte. Resulta que la habitación que alquilé a la señora Valley se comunica con su dormitorio. Reinald Havistock fue anoche a visitarla, con objeto de pedirle cien libras.

—Vaya, es una noticia sorprendente…

—Le debe casi mil y ella estaba muy furiosa, porque Havistock sólo la contenta con buenas palabras, sin dar un solo pasó por cancelar la deuda, y eso sin hablar de la cuenta que tiene de provisiones.

—Caramba, sí que ha averiguado cosas…

—Fue una suerte y lo que no comprendo es cómo la señora Valley no se percató de lo que podía pasar, teniéndome a mí en la habitación contigua. Quizá supuso que yo estaba dormido o no se acordó de la ranura que alguien hizo en el tabique… En fin, eso no importa ahora.

—¿Le prestó el dinero?

—Tuvo que contentarse con cincuenta libras y entonces fue cuando él mencionó las cien mil que hay en esta casa, de la cual, según Havistock, le falta muy poco por registrar.

—¡Caramba, ésa sí que es una noticia! De modo que ese tipo ha estado recorriendo mi casa como si fuese suya… ¡Le aseguro que me va a escuchar cuando me lo eche a la cara! —dijo Maureen muy furiosa.

Calhoun alzó una mano.

—Será mejor que no le diga nada —aconsejó—. Haga como si no supiera lo que pasa; quizá así podamos pillarle dando un paso en falso.

—En tal caso, ¿qué sucedería?

—No lo sé, aunque presiento que él tiene algo que ver con esas dos muertes, por más que lo niega con toda insistencia.

—Tiene una dentadura mortal —dijo Maureen irónicamente.

—Pero sabe algo de la fiera —alegó Calhoun.

Callaron un momento. Luego, Calhoun se puso en pie.

—De todos modos, creo que no debo centrar mis sospechas únicamente en Havistock —añadió.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó la muchacha.

—Continuaré investigando, y esto significa preguntas por todas partes. Volveré otro rato.

Cuando llegaba a la puerta, recordó algo.

—Por cierto, ¿tiene noticias de Gibbon?

—En absoluto. No comprendo qué le indujo a marcharse, dejando el coche aquí. Se fue y ni siquiera me escribió una nota…

—La gente, a veces, observa unos comportamientos muy extraños —filosofó él. Sonrió, hizo un leve gesto y se marchó.

Maureen acarició la cabeza de «Kattoo», al cual había debido sujetar para que no se fuese con el joven.

—Tú tienes que quedarte aquí para protegerme —murmuró.

* * *

Al salir de la casa, Calhoun encaminó de nuevo sus pasos hacia la vivienda de los Havistock. Cuando llegaba, vio al viejo que salía de casa con la escopeta.

Era extraño, pensó. Anteriormente al hablar con él, lo había visto mucho más gastado, moviéndose casi con dificultades, una estampa viva de la casi absoluta vejez. Ahora, por el contrario, aunque no podía disimular sus años, se le veía mucho más ágil y animado.

«A lo mejor toma una droga rejuvenecedora de cortos efectos», pensó con buen humor.

Havistock le miró belicosamente.

—¿Qué desea de mí, jovencito? —preguntó.

—Perdone, pero ya sabe lo que estoy haciendo en la comarca respondió Calhoun—. Olvidé el otro día formular una pregunta…

—Lo que sea, a mí hijo —contestó Havistock en el acto.

—¿Usted no podría contestarme?

El viejo hizo un gesto de impaciencia.

—No lo sé… Diga lo que sea y despache pronto; hace un día estupendo y quiero cazar un par de conejos para la comida.

—Tal vez porque la señora Valley les niega provisiones, ¿verdad?

Los ojos de Havistock despidieron llamas de cólera.

—¿Qué le importan a usted nuestros asuntos? —bramó—. Si viviera aquí, ¿no le agradaría salir a cazar de cuando en cuando?

—No lo sé, no me gusta la caza y, a decir verdad, tampoco vivo aquí —dijo el joven con punzante ironía—. Pero ustedes sí viven y… ¿tienen derecho a ello?

—No le entiendo…

—La casa que ustedes ocupan forma parte de la propiedad de Hetwell Hills. Desearía saber qué derechos han alegado ustedes para su ocupación, aunque sólo sea temporalmente.

—Yo no entiendo nada de eso —dijo Havistock—. Fue mi hijo el que se ocupó de todo.

—Pero tuvo que tratar con alguien, imagino.

—Sí, desde luego.

—Bien, iré a preguntárselo…

—Ahora no está en casa, ha salido. Pero si quiere conocer más detalles, vaya a ver al abogado Chane.

—Es una idea que tomo en consideración, señor Havistock —manifestó Calhoun—, ¿Puede decirme cuándo regresará su hijo?

El anciano se encogió de hombros.

—Ya tiene años para ir y venir, sin necesidad de dar cuenta a nadie de sus actos.

—Ni siquiera a usted, que es su padre.

—¿He de tenerle atado en casa con una cadena?

—Pero, al menos, ¿no puede indicarme adónde ha ido?

—No, y déjeme ya de una vez; se me está pasando el tiempo.

—Le ruego me dispense; nunca tuve la intención de ofenderle.

Havistock emitió un bufido y se marchó en dirección al bosque. Calhoun lo contempló un instante y luego emprendió la marcha en sentido contrario.

Durante unos segundos, concibió una idea y estuvo a punto de llevarla a cabo, pero ciertos escrúpulos le impidieron realizar sus propósitos. No obstante, se dijo, un registro de la casa del guardabosque, en ausencia de sus ocupantes, podría dar cierta luz a las investigaciones que le habían encomendado.

El instinto le hacía recelar de los Havistock, pero no tenía pruebas en qué apoyar aquellas sospechas. Debería buscar más… y, se dijo, una entrevista con el abogado Chane podría resultar muy útil al respecto.

Decidido, encaminó sus pasos hacia el pueblo.

Capítulo VIII

La puerta se abrió y una hermosa mujer apareció en el umbral. Era rubia, de formas opulentas y resultaba evidente que se había levantado de la cama no hacía mucho, aunque estaba arreglada.

Sin embargo, no llevaba maquillaje, lo cual no la hacía desmerecer en absoluto.

—Buenos días, señora —saludó el joven—. Deseo hablar con el abogado Chane…

—Mi esposo está fuera —contestó ella—. Soy Felicia Chane.

—Oh, no lo sabía… ¿Puede decirme cuando regresará, señora?

Felicia se encogió de hombros.

—No me lo ha dicho —respondió—. ¿Tiene algo importante que comunicarle?

—Soy Edgar Calhoun…

—Lo sé —sonrió ella.

—Vaya, es una sorpresa para mí…

—Soy amiga de la señora Valley. Bueno, no somos íntimas, pero tenemos cierta relación. Ella me ha dicho que usted se hospeda en su casa.

—Es cierto.

—Investiga la muertes causadas por la fiera, ¿verdad?

—¿Qué sabe usted de ello? —preguntó Calhoun súbitamente.

Felicia hizo un gesto con la mano.

—Entre —invitó.

Calhoun cruzó el umbral y ella cerró la puerta.

—¿Una copa? —sugirió.

—No me parece prudente…

Sonó una risita. Felicia destapó una botella.

—Este pueblo es una tumba —calificó—. No sé cómo a mí esposo se le ocurrió establecerse aquí… Tome, señor Calhoun.

El joven observó que Felicia se había servido otra copa, que despachó en un par de tragos. Ella le miró con ojos muy brillantes.

Calhoun adivinó muy pronto lo que le pasaba a aquella mujer. Estaba enterrada en un pueblo de vida social nula y las distracciones eran punto menos que inexistentes.

—Su esposo podría progresar más, imagino —dijo.

—Siempre me está diciendo que un día nos marcharemos de aquí, aunque no sé cuándo tomará esa determinación. Stodd Green puede

ser maravilloso para unas vacaciones, pero cuando los días pasan con espantosa monotonía, cuando las semanas y los meses transcurren, iguales unos a otros y…

Felicia se pasó una mano por la frente. Luego llenó su copa otra vez y despachó la mitad de un trago.

—¿Le gusta su oficio, señor Calhoun?

—Me gano bien la vida, señora.

—Conocerá a muchas gentes, supongo.

—No puedo quejarme.

—Y también mujeres hermosas.

—Algunas, en efecto, pero igualmente sucedería si desempeñase otro oficio.

—Habrá tenido algunas aventuras, ¿verdad? —dijo ella con una risita.

Calhoun empezó a sentirse incómodo. De pronto, ella hizo un gesto con la mano.

—Venga, quiero contarle algo interesante.

Calhoun dejó la copa y siguió a la mujer, que emprendió la ascensión al primer piso. Felicia abrió una puerta, entró en la habitación, se volvió y súbitamente, se quitó la bata.

—Mi marido no está, no sé cuándo volverá y si vuelve, que el diablo se lo lleve —dijo abruptamente—. Vamos, quítate la ropa.

Calhoun tragó saliva: Felicia estaba completamente desnuda.

—¿No me encuentras apetitosa? —preguntó—. Oye, no serás de esos tipos que tanto abundan ahora… Vamos, un «gay»…

Calhoun apretó los dientes. Era un reto a su hombría.

Felicia se le acercó, ondulando voluptuosamente, y empezó a desabrocharle la camisa.

—Te contaré muchas cosas, pero tienes que hacer algo para ganártelo —susurró ardientemente.

Calhoun cerró los ojos. Bien mirado, era una forma muy agradable de conseguir informes. Los brazos de Felicia eran cálidos y suaves y su aliento despedía fuego.

* * *

Pasó mucho rato antes de que encendieran un cigarrillo. Apoyada sobre un codo, en la cama, Felicia le miró sonriente.

—Te has portado —dijo— Seguro que no te esperabas esto cuando llamaste a mí puerta.

—¿Lo haces con frecuencia?

—¿Cuántos forasteros jóvenes y agradables vienen a Stodd Green?

—contestó ella significativamente.

—No muchos, supongo. Pero dime una cosa… ¿Qué sabes de la fiera?

—Nunca había matado a nadie, al menos en ésta época. Quiero decir que no había sucedido desde el siglo pasado, cuando se inició la leyenda. Debe de ser algún lobo… tal vez un oso solitario… Dicen que antiguamente había osos en el bosque…

—¿Por qué están los Havistock en la casa pequeña de la propiedad?

—La alquilaron a mí esposo, como representante del dueño.

—¿Hace mucho tiempo?

—Un año, más o menos. Pero no sé que hayan pagado un sólo penique de renta.

—¿Quién firmó el contrato?

—No lo hay. Reinald se entendió con mi esposo. Reinald es un tipo desagradable, aunque parece que Rhoda Valley le encuentra muchos atractivos —rió Felicia.

—Todo depende de los gustos.

—¿Has oído hablar alguna vez de las cien mil libras que hay en algún sitio de Hetwell Hills? — preguntó de pronto mistress Chane.

Calhoun decidió que sería conveniente simular ignorancia —No — contestó—. ¿Qué pasa con ese dinero?

—Lo escondió el viejo Delbert —explicó Felicia—. Parece ser que hacía algunos negocios no demasiado limpios y en esa clase de asuntos se utiliza siempre el dinero contante. Como puedes comprender, debía tenerlo oculto para que no se lo robasen.

—Sí, es lógico. ¿Y…?

—Bueno murió de repente y nadie sabe dónde están esos billetes.

—¿Los buscan muchos?

Felicia le guiñó un ojo.

—Lo busca uno a quien yo conozco muy bien —respondió maliciosamente.

—Tu marido.

—En efecto. Y ojalá lo encuentre, porque entonces, nos marcharemos de este maldito pueblo. De pronto, se interrumpió.

—Me parece que estoy hablando demasiado —agregó.

—No te preocupes, ese dinero no me interesa en absoluto.

—Te estás burlando de mí…

—Hablo completamente en serio, Felicia.

Ella hizo una mueca.

—De todas formas, no te vayas a creer que me paso el día suspirando por el dinero — manifestó—. Francamente, he llegado a

perder las esperanzas, y eso que una vez estuve en el túnel.

—¿Qué túnel? —preguntó Calhoun.

—Hombre, ¿no lo sabías? Hay un pasadizo secreto que comunica la casa grande con la del guardabosque. Yo sé por dónde se entra, a partir de la casa que ahora ocupan los Havistock, aunque no he llegado a averiguar dónde está la otra entrada secreta. Me asomé, di unos cuantos pasos y luego sentí miedo y me retiré muy pronto. Pero si me acompañase alguien…

—¿Dónde está la entrada secreta, Felicia?

—Hay en la cocina una enorme alacena. Tienes que retirarla, haciéndola girar hacia tú izquierda. Se mueve muy fácil; tiras hacia ti y ya está…

En aquel instante, se oyó el ruido de la puerta que se abría. Calhoun se alarmó. Felicia lanzó una exclamación que él juzgó clásica en semejantes circunstancias:

—¡Mi marido!

—¡Rayos! —dijo el joven. Abajo sonó una voz:

—¡Felicia! ¿Dónde estás?

Calhoun se dispuso a abandonar la cama. Tendría que saltar por una ventana, con las ropas en las manos, calculó. Una situación más bien ridícula y nada airosa.

Pero ella extendió un brazo y le detuvo.

—No te preocupes —dijo, cuchicheando. Luego alzó la voz—. ¡Neil, no me encuentro bien, tengo una jaqueca espantosa!

—Lo siento, querida. Tengo que volver a salir, y regresaré un poco tarde; no te preocupes por mi comida.

—Como quieras, cariño… Estoy sufriendo horriblemente…

—Tómate un par de aspirinas y descansa. Hasta luego, amor.

La puerta volvió a sonar. Felicia lanzó una risita.

—Es un excelente muchacho —dijo.

Miró al joven y sonrió.

—¿Tienes prisa? —preguntó.

Pero no le dio tiempo a responder. Le echó los brazos al cuello y luego se arrojó ardientemente sobre él.

—Neil tardará en regresar… y tú puedes curarme la «jaqueca» —dijo.

* * *

El abogado Chane caminaba presurosamente a través del bosque. Había sabido algo que estimaba de gran importancia y quería discutirlo con los Havistock. No podía dejar pasar un sólo día más, pensó.

El viejo Havistock tenía que oírle, se dijo. Y si no quería escucharle, Reinald sí oiría.

Al fin, había averiguado la verdad. Ahora sabía realmente lo que sucedía en la casa del guardabosque. Metafóricamente, había un enorme pastel y no quería que le tocasen sólo las migajas cuando llegase el momento del reparto.

—Me darán la mitad o…

De pronto, se interrumpió.

La sangre se heló en sus venas, al oír aquel extraño gruñido, que más parecía el rugido de un león hambriento. Miró a derecha e izquierda, aunque no pudo ver nada sospechoso. Los ramajes crujieron en las inmediaciones. El gruñido volvió a oírse.

Chane sintió que se le ponían los pelos de punta. Lleno de pánico, echó a correr.

Detrás de él se oyeron ruidos de ramas que se quebraban bruscamente. Un horroroso bramido sonó casi en sus espaldas.

No tuvo valor para volverse. Corrió, pero la fiera le dio alcance en pocos segundos.

Unas zarpas enormemente peludas le asieron por los hombros. Chane percibió en la nuca el fétido aliento de la bestia. Desesperadamente, forcejeó, para librarse de las garras que se habían apoderado de él pero todo fue inútil.

De repente, percibió un vivísimo dolor en la nuca. La fiera había mordido.

Gritó horriblemente, a la vez que caía al suelo. Intentó sostenerse con las manos y las rodillas, a la vez que sentía los chorros de sangre que brotaban de las heridas causadas por aquellas poderosas mandíbulas.

Pero las heridas no eran mortales, presintió. Aún podía salvarse si…

Haciendo un frenético esfuerzo, consiguió soltarse de la bestia y se puso en pie. Invadido por la más absoluta desesperación, volvió a correr.

Pero la bestia le alcanzó de nuevo y esta vez mordió a fondo. Las vértebras del cuello crujieron ominosamente y Chane sintió que se hundía en el negro pozo de la definitiva inconsciencia.

Capítulo IX

El perro ladró súbitamente.

Hacía un día realmente hermoso y Maureen había resuelto dar un paseo por el bosque, acompañada de «Kattoo». Había comprado un collar y una cadena para el animal, aunque ahora de momento, lo dejaba suelto. El perro iba y venía por todas partes, olisqueando sin parar, en una actitud de absoluta normalidad.

Las huellas de garras que tenía en un costado cicatrizaban sin dificultad. El pelaje de «Kattoo» recobraba su lustre habitual. Era un hermoso animal y Maureen había decidido; quedárselo, a menos que Calhoun opinase lo contrario.

Los ladridos de «Kattoo» la alarmaron. El perro parecía haberse enfurecido. Ella le vio el vello erizado y empezó a sentir aprensiones.

«Kattoo» volvió a ladrar. Al mismo tiempo, tenía miedo a algo, apreció la muchacha.

—Calla, calla… —dijo, a la vez que pasaba la mano por su lomo—. No ladres…

El perro la obedeció, aunque sin dejar de gruñir sordamente. De pronto, Maureen oyó un grito desgarrador.

Era la llamada de una persona en peligro. Hubo un instante de silencio y luego el grito se repitió, para cesar en un par de segundos.

A lo lejos sonaron ruidos de ramas quebradas. Luego volvió el silencio.

«Kattoo» pareció sentirse mejor. Inesperadamente, saltó hacia adelante.

Maureen, casi a la fuerza, siguió al perro. Momentos después, llegaban a un pequeño claro, en cuyo centro, tendido sobre la hierba, se veía el cuerpo de un hombre.

Toda la parte posterior de la cabeza y los hombros aparecían completamente ensangrentadas. Las manos estaban crispadas y en una de ellas vio un puñado de hierbas, arrancadas inconscientemente en los últimos espasmos de la agonía.

Maureen sintió una violenta arcada y tuvo que volverse, apoyándose con una mano en el tronco de un árbol cercano. «Kattoo» gimió, indudablemente amedrentado.

Al cabo de unos momentos, la joven se rehízo lo suficiente para aproximarse al cadáver y tratar de reconocerlo. Cuando supo quién era, volvió a marearse y de nuevo tuvo que esperar unos minutos para encontrarse bien en mejores condiciones.

Pasado un buen rato, ató la correa al collar del perro y echó a andar resueltamente hacia Stodd Green.

* * *

—Sospecho que Chane no era el hombre honesto que todos suponían— dijo Calhoun aquella noche, en pie junto a la chimenea, en la que ardía un buen fuego—. Eso no quiere decir que fuese un asesino ni mucho menos; simplemente, conocía la existencia de cien mil libras y quería una buena porción de esa suma.

—¿Cómo lo ha averiguado usted? —preguntó Maureen.

Calhoun contempló la copa que tenía en la mano.

—Hablé con la señora Chane esta mañana —respondió.

Pero, naturalmente, no podía relatar ciertos detalles escabrosos. Él no tenía la culpa de que hubiese una mujer joven y ardiente, hastiada de una vida monótona y sin expectativas. —Es una mujer muy locuaz y no me costó mucho sonsacarla —añadió.

—La he visto después. Me pareció bastante guapa —sonrió Maureen.

—Lo es y tenía ganas de conversación, pero no hubo más —dijo él, mintiendo en parte—. Así que llegué a saber que hay un pasadizo secreto que une las dos casas.

Maureen dio un respingo.

—¿Es posible? —se asombró.

—Al menos, es lo que ella me dijo. También mencionó la forma de entrar en el pasadizo, por la casa del guardabosque y, aunque según contó, una vez llegó a entrar, no lo recorrió por completo, ya que le entró miedo.

—¿Será ese pasadizo la guarida de la fiera?

—No lo creo. Lo que sucede, y lamento tener que desilusionarla, es que su abuelo, según parece, no observaba una conducta demasiado honesta. Ignoro los negocios que realizaba, pero si esos asuntos estaban en conflictos con la ley, resulta lógico que tuviese dinero en efectivo a mano.

—Los cheques dejan rastro —dijo Maureen.

—Exactamente. Ciertos asuntos se tratan siempre con billetes.

—Eso es algo completamente nuevo para mí, Kid. Nunca supe que mi abuelo fuese un… ¿qué pudo ser?

—Trataré de averiguarlo. He estado hablando con mi oficina en Londres y conseguirán antecedentes de todos los posibles implicados en el caso. Mañana, tal vez pasado, tendremos las respuestas.

Maureen lanzó un hondo suspiro.

—A veces pienso que no fue una idea venir a Hetwell Green —

murmuró.

—¿Por qué no? Dejando a un lado la siniestra leyenda de la fiera de los Havistock, es un lugar muy agradable, para pasar unas vacaciones, sobre todo, si el tiempo acompaña, como ahora. Lo que sucede es que ha tenido mala suerte al coincidir su viaje con los acontecimientos que se han producido. Pero no siempre será así, Maureen. —Eso espero, aunque me costará mucho olvidar…

—¿Qué le hizo venir a Hetwell Green? —preguntó Calhoun—. Porque para conocer el estado legal de la propiedad, no necesitaba abandonar Londres.

Maureen se levantó bruscamente y caminó hacia la ventana opuesta a la chimenea, quedándose de espaldas al joven. Calhoun adivinó que la muchacha se sentía muy alterada y no quiso apremiarla a una respuesta inmediata.

—Me llevé una gran decepción cuando conocí verdaderamente al que iba a ser mi esposo — dijo ella al cabo—. Parece mentira, en estos tiempos, pero a mí me pasó, ya que me había enamorado locamente de él. Core resultó ser muy distinto de lo que pretendía. Además, estaba metido en ciertos ambientes muy desagradables. Finalmente, supe que quería casarse conmigo., al objeto de tener una especie de tapadera para sus negocios. Imagínese, una muchacha de buena posición, de limpios antecedentes… Eso, pensaba él, le habría dado respetabilidad.

—Es decir, quería utilizarla.

—Sí. No era nada desinteresado y eso fue lo que me decepcionó y me causó una especie de shock, del cual esperaba curarme aquí.

—Pero cuando él vino a verla, usted estuvo a punto de claudicar nuevamente.

—Lo admito, aunque esa debilidad duró muy poco. Al día siguiente de su llegada, pensaba echarle de casa y esta vez, la ruptura sería definitiva.

—Sin embargo, ha desaparecido y no hay el menor rastro de él. ¿Qué opina usted? —Creo que debió de ver algo que le amedrentó y por eso escapó.

—¿Dejándose el coche, que aún está a la puerta de su casa? —se extrañó Calhoun.

—Eso es lo que resulta más incomprensible. Pero quizá vino a buscarle uno de sus compinches.

Tenía algunos amigos que no me gustaban nada.

—Es posible —admitió el joven—. Ahora bien, por lo que usted me ha contado, parece deducirse que Gibbon sabía también lo de las cien mil libras.

Maureen soltó una risita nerviosa.

—¡Ojalá fuese cierto! —exclamó—. A decir verdad, mi situación económica no es lo que se dice muy boyante. Prácticamente, sólo tengo la casa y las tierras que la rodean… Bruscamente, se volvió hacia el joven.

—¿Cree que ese dinero puede estar escondido en el pasadizo? —preguntó.

—No lo sé. Ignoro por completo dónde puede estar, aunque sé que Havistock, el hijo, declaró que ya le faltaba muy poco para encontrarlo.

—El pasadizo… —musitó ella pensativamente—. Me gustaría verlo, Kid.

—Sí, pero habría que entrar por la casa del guardabosque y eso no les gustaría a los Havistock.

—El viejo sale a cazar con frecuencia. Si pudiéramos distraer al joven…

—Buscaré alguna idea —dijo Calhoun—. Quizá mañana, una consulta a la almohada me dé la solución —agregó sonriendo.

Dejó la copa sobre la chimenea.

—Tengo que marcharme.

Inesperadamente, Maureen lanzó un grito.

—¡Kid!

El perro ladró en aquel momento. Calhoun miró hacia la ventana.

—Está ahí afuera… —exclamó la muchacha—. La fiera…

Calhoun corrió hacia ella. Miró a través de los vidrios y divisó vagamente una confusa silueta de algo que se movía con gran rapidez.

La visión duró fracciones de segundo y no pudo distinguir más detalles, salvo que no parecía un ser humano. «Kattoo» continuaba ladrando y tuvo que calmarlo.

—No se vaya, Kid —dijo Maureen impetuosamente—. En casa está seguro. Quédese aquí, al menos por esta noche.

Calhoun la miró. Ella estaba muy asustada, se veía claramente.

Asintió, sonriendo.

—Está bien, me quedaré —accedió.

Pasada la medianoche, oyó gruñir a «Kattoo».

El perro había subido a dormir a su habitación y ahora parecía sentirse muy inquieto. Calhoun trató de calmar al animal pero todo resultó inútil.

«Kattoo» fue hacia la puerta y la arañó, como si quisiera salir. Al cabo de unos instantes, Calhoun encendió la luz y se puso los pantalones y las botas. Cuando abrió la puerta, el animal escapó como una flecha hacia abajo.

Calhoun se fiaba del instinto casi infalible de «Kattoo» y lo siguió.

Su asombro fue enorme al verlo empinado, con las patas delanteras sobre la tapa del arcón, como si quisiera abrirlo.

Los gruñidos del perro tenían ahora un evidente tono de hostilidad. De pronto, lanzó un par de fieros aullidos y, de un salto, se subió al arcón, en donde continuó ladrando, como si hubiese alguien en el interior.

El joven empezó a sentirse muy preocupado. Llegó junto al arcón y tras algunos esfuerzos, consiguió que «Kattoo» se apeara. Luego alzó la tapa.

—Es extraño —murmuró.

El arcón estaba completamente vacío. «Kattoo», sin embargo, no se tranquilizaba.

La voz de Maureen sonó inesperadamente en el piso superior.

—Kid, ¿qué sucede? —preguntó.

—Eso es lo que me gustaría saber —respondió él—. «Kattoo» está muy nervioso, pero, por desgracia, no puede hablar. —El arcón está vacío —dijo Maureen.

—Lo sé, pero tengo el presentimiento de que oculta algún misterio. «Kattoo» no se portaría así si no intuyese algo que no nos es posible saber por el momento.

—¿Y si el arcón fuese una de las entradas del pasadizo?

Calhoun se quedó parado. Luego, de pronto, se situó en uno de los extremos del pesado cofre y lo empujó hacia adelante.

Maureen corrió a ayudarle. Entre los dos, retiraron el arcón un par de metros.

Los trozos de pared y de suelo correspondientes a dos de las caras del pesado mueble quedaron al descubierto. Calhoun tanteó la pared, sin obtener el menor resultado.

Luego se arrodilló y repitió la operación en el suelo, deteniéndose de cuando en cuando para escuchar. Dio golpes en varios puntos y al fin se irguió, aunque sin levantarse por completo.

—Parece, pero sólo lo parece, como si hubiera un hueco aquí abajo —manifestó—. Suponiendo que haya una entrada secreta, está muy bien disimulada y no conocemos el mecanismo de apertura. Por tanto, pienso que lo mejor es recurrir al procedimiento que mencioné esta noche. —Entrar por la casa del guardabosque —dijo ella.

—Sí, es la única solución.

—Bueno, están los Havistock y va a resultar muy difícil obligarlos a salir a ambos al mismo tiempo.

¿Se le ocurre alguna idea?

Calhoun se puso en pie.

—Creo que sí —contestó—. Pero quizá sea preciso gastarse cincuenta libras.

—¿Por qué? —se asombró la muchacha.

Calhoun explicó su plan. Maureen se sintió un tanto escéptica.

—Si da resultado…

—Al menos, podemos intentarlo. Esta es su propiedad y aquí están pasando cosas muy raras, incluyendo tres muertes violentas. Además, no olvide que puede encontrar cien mil libras, que le pertenecen a usted, porque eran de su abuelo.

—De acuerdo —cedió ella por fin—. Le autorizo a que haga el gasto… Sin embargo, no llevo encima tanto dinero…

—Déme un cheque, será suficiente. Ahora no, claro, mañana por la mañana, después del desayuno.

Calhoun consultó su reloj y suspiró.

—Está mejor dicho hoy —se corrigió—. Ya son las tres de la madrugada.

«Kattoo» se había tranquilizado y miraba a los dos jóvenes alternativamente. Calhoun le dio una palmada en el lomo.

—Anda, vamos arriba —dijo—. Siga descansando, Maureen.

—Me costará mucho volver a conciliar el sueño —se quejó la muchacha.

—Inténtelo, aunque cerrada con llave por dentro.

—Pensaba hacerlo —sonrió ella.

Cuando estaban ya en el primer piso, se volvió hacia el joven.

—Kid, ¿qué se esconde en el pasadizo secreto? —preguntó.

—Creo que muy pronto lo sabremos —respondió él.

Capítulo X

Eran las diez de la mañana, cuando llegó a la casa de Rhoda Valley. Entró por la puerta posterior y, sin más preámbulos, fue directamente al dormitorio de la viuda.

Buscó la pared. Había allí un espejo, que retiró a un lado, dejando al descubierto la ranura que comunicaba con su dormitorio. Examinó el espejo y se dio cuenta de que tenía raspada en parte la zona opaca posterior. Meditó unos instantes y, de pronto, se dio cuenta de que no estaba solo.

Los ojos de Rhoda brillaban de cólera.

—Esta no es su habitación, señor Calhoun —dijo.

—Lo sé, señora Valley. Precisamente, pensaba hablarle de ello. ¿Es suyo este espejo?

—Siempre lo ha sido…

—¿No ha notado en él nada extraño?

—Es muy viejo, pero me sirve. El marco, sobre todo, es valioso porque data de más de cien años. Pero, ¿Por qué me pregunta eso?

—Venga aquí, por favor.

Rhoda se le acercó, recelosa. Calhoun le enseñó sucesivamente la zona raspada del espejo y la ranura de la pared. Ella se puso las dos manos en la cara.

—¡Dios mío, qué bochorno! —exclamó—. Nunca pude figurarme…

—Es decir, usted lo ignoraba.

—Sí, desde luego. Y hoy mismo taparé ese agujero…

—Hará bien —dijo Calhoun—. Sin embargo, me parece extraño que usted lo ignorase.

—Se lo aseguro, aunque ya me imagino quién fue el autor de esa marranada. Hace cosa de un año, tuve un huésped, hombre ya de cierta edad, que decía ser pintor y que había venido en busca de lugares pintorescos para tomar sus apuntes. Estuvo aquí varias semanas y sólo cuando se marchó me di cuenta de que era un embustero.

—¿Por qué?

—Nunca le vi trazar una sola línea. Más bien creo que tenía algo que ver con el viejo Delbert… pero era un tipo sucio, no por falta de higiene, sino por… ¿Usted me entiende?

Calhoun asintió.

—Sí, la comprendo perfectamente. Siga, por favor.

—Eso es todo. Creo que fue él… y se pondría a mirar por la ranura cuando yo subía a mí habitación… Él ya estaba en la suya…

—En suma, un mirón. Desagradable, pero inofensivo.

—¿Ha visto usted algo? —preguntó Rhoda, muy tensa.

—Le aseguro que fue por casualidad y que soy muy comprensivo con los problemas sentimentales de las personas —respondió el joven —. Ahora bien, parte de lo que escuché me obliga a pedirle su ayuda.

—¿Ayuda? ¿Para qué? —se sorprendió la mujer.

Calhoun le enseñó el cheque.

—Tiene que avisar a Reinald de alguna manera — dijo—. Es preciso que le haga venir a su casa.

—No entiendo.

—Algún día se lo podré decir, señora. Si lo prefiere, dígale que le puede prestar las cincuenta libras que hace días no tenía. Y si no lo quiere así, guárdeselas para usted, pero hágalo venir.

Rhoda vaciló unos instantes. Luego miró al joven.

—No estoy muy segura… Si se trata de algo peligroso…

—Para usted, en absoluto, señora, se lo garantizo.

—¿Y qué le digo cuando venga? No se me ocurre nada, señor Calhoun.

—Usted encontrará un pretexto plausible —dijo—. Lo único que no debe hacer es mencionarme para nada, ni tampoco a la señorita Delbert.

—Apostaría algo a que quieren entrar en su casa —adivinó Rhoda.

—Cierre los ojos, señora Valley —rió el joven.

—Pero estará el viejo…

—Habrá salido de caza.

—Sí, suele hacerlo con frecuencia. Está bien, le llamaré. Si todo resulta bien, puede estar aquí dentro de una hora.

—Gracias, señora Valley.

Los ojos de Rhoda recorrieron críticamente la figura de su interlocutor. De pronto, se echó a reír.

—¿Qué vio usted, exactamente? —inquirió.

—No me gustaría ser competidor de Reinald —dijo él.

—No tiene ninguna exclusiva sobre mí —respondió la mujer maliciosamente.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por todo.

Calhoun se marchó a continuación y fue a la estafeta de correos, en donde, decepcionado, supo que no había recibido ninguna carta. Tras unos segundos de indecisión, emprendió el viaje de vuelta a Hetwell Hills.

Cuando llegaba a las inmediaciones de la casa, vio un coche

parado en la carretera. Un poco más adelante, divisó a un individuo detrás de un árbol, con todo el aire de estar espiando lo que sucedía en el edificio.

* * *

Silenciosamente, Calhoun buscó un palito corto y luego se acercó al individuo. El palo se apoyó en sus espaldas. —Si se mueve, le partiré en dos —dijo ominosamente. Las manos del sujeto se alzaron en el acto.

—No tire —pidió—. He venido en son de paz…

—¿Quién es usted?

—Norrie Steeck, señor. Le aseguro que no soy un ladrón.

—Entonces, ¿qué diablos hace en una propiedad privada?

Steeck guardó silencio. Calhoun aumentó la presión del palito.

—No me haga perder la paciencia —gruñó—. Hable de una vez o lo va a sentir.

—Está bien —se resignó el individuo—. He venido a buscar a mí socio. Se llama Core Gibbon y sé que vino a este lugar, pero ya debería haber regresado a Londres y no lo ha hecho.

—¿Por qué?

—Bueno, supongo que se habría liado de nuevo con la chica que iba a ser su esposa.

—¿De veras lo cree así?

—Sí, seguro. Habrá encontrado las cien mil libras y habrá pensado que no tiene por qué darme mi parte. Pero si le pongo la mano encima, va a saber lo que cuesta engañar a Norrie Steeck.

—Norrie, el señor Gibbon se marchó hace varios días y no hay noticias suyas —dijo Calhoun. Steeck se sobresaltó.

—Eso es imposible —protestó.

—Mire la casa, vea aquel coche parado frente a la entrada. Es el de su socio. Lo dejó ahí el día de su llegada y no ha vuelto a recogerlo. Precisamente, la señorita Delbert y yo pensábamos que Core se habría marchado con algún compinche.

—No tenía ningún otro —dijo Steeck rencorosamente—. A Core lo han «apiolado».

—¿Cómo? ¿Piensa que lo han asesinado?

—Apostaría mi parte de esas cien mil libras contra un penique —contestó el sujeto.

—Bien, suponiendo que eso sea cierto, ¿quién ha podido hacerlo?

—Sólo una persona: Reiner el *Hombre de las quinientas caras.*

—No conozco a ese individuo, Norrie.

Steeck soltó una risita.

—Hace tiempo, era un transformista en los teatros de variedades. Pero su arte no tiene mucho éxito en estos tiempos y tuvo que dejarlo. Core lo empleaba cuando necesitaba dar un golpe.

—Quiere decir un atraco…

—No, nombre, más bien un timo o una estafa. Entonces, Reiner se disfrazaba de lo que fuera, hombre, mujer, general retirado, obispo metodista, cargador de muelle, médico famoso, mendigo a punto de morirse de hambre… Es preciso reconocer que lo hacía bien y engañaba a cualquiera. Pero hace cosa de un año, Reiner nos dejó plantados y desapareció. Luego supimos que estaba aquí…

Calhoun reflexionó un instante.

—¿Cuál es el verdadero nombre de Reiner? —preguntó.

—Reinald Havistock. Supimos que lo había llamado su padre, pero tampoco lo echamos de menos. Hasta que Core vino aquí, claro.

—En busca de las cien mil libras.

—Sí, y seguramente, Reiner o Reinald, como quiera, lo sabía también y no quiso repartir el botín. Se habrá cansado de ser un subordinado. Algunas veces, se irritaba con Gibbon y decía que un día lo quitaría de en medio, ¿comprende?

—Muy bien, Norrie, ya hemos hablado bastante. Ahora…

Con gesto rápido, Calhoun registró al individuo y le quitó el revólver de cañón corto. Luego se situó frente a él, le enseñó el palito y lo tiró a un lado.

—Ahora tengo un arma de verdad —sonrió.

Steeck hizo una mueca.

—Ha sido un buen truco —admitió.

—Gracias. Ahora voy a darle un consejo, Norrie, y lo mejor será que lo considere una orden. Tome el coche, vuélvase a Londres y olvide para siempre este asunto. Si Gibbon ha sido asesinado, se sabrá y el culpable será castigado. ¿Comprendido?

Steeck asintió tristemente.

—He hecho un viaje en balde —murmuró.

—Puede tenerlo por seguro, sobre todo, si piensa que esas cien mil libras, caso de que no se trate de una fantasía, tienen dueño. Mejor dicho, dueña. Me refiero, naturalmente, a lady Maureen Delbert.

—De acuerdo, aunque, por lo menos, podría devolverme el revólver…

—Ni lo sueñe, Norrie. Váyase y celebre el haber salido tan bien librado, tomándose una copa en la primera taberna que le salga al paso. Pero no vuelva más por aquí o lamentará haber oído hablar alguna vez de Hetwell Hills.

—Sí, señor, fue un mal día cuando oí ese nombre por primera vez

—dijo el sujeto tristemente. Y echó a andar, pero el joven le detuvo con una pregunta:

—Norrie, ¿qué negocios eran los de Core y Reinald? ¿Tenían algo que ver con el viejo Delbert?

—Pues… sí, en efecto, porque el viejo, precisamente, era el cerebro de la banda, aunque no intervenía directamente en ninguno de los golpes que dábamos. Sin embargo, conocía a infinidad de gente y sabía gran cantidad de datos sobre personas adineradas. Dada su posición, podía estudiar muy bien los detalles de cada estafa y nos aleccionaba sobre los papeles que debíamos desempeñar.

—Y así, consiguió reunir cien mil libras —sonrió Calhoun.

Steeck enseñó las palmas de sus manos.

—Esto es todo lo que me ha quedado a mí —se despidió.

Calhoun ocultó una sonrisa. Esperó hasta que el sujeto se hubo marchado y entonces echó a andar nuevamente hacia la casa.

* * *

Maureen aguardaba en la puerta.

—Reinald se ha ido hace apenas cinco minutos —le informó.

—Muy bien —contestó el joven—. Entonces, ha llegado el momento de la incursión. ¿Tiene una linterna a mano?

—Iré a buscarla… ¿Qué hacemos con «Kattoo»? ¿Lo llevamos con nosotros?

—Podría defendernos, pero también ponernos en un aprieto. Por otra parte, he conseguido un revólver… Déjelo atado en alguna parte.

—Perfectamente.

Maureen entró en la casa y volvió a salir a los pocos momentos con una linterna de gran tamaño.

—Estoy lista —manifestó.

—Entonces, vamos allá. Ah, tengo algo que contarle.

—¿Interesante?

—Maureen, dígame, ¿qué opinión tenía usted de su abuelo?

—Buena —se sorprendió la muchacha—. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Era un abuelo como todos? Quiero decir, amable, cariñoso, de la clase de abuelos que se emboban con los nietos…

—Si le he de ser sincera, le diré que nuestras relaciones no eran precisamente las que usted se imagina. No eran malas; lo que sucede es que nos veíamos muy de tarde en tarde. A veces, pasaban años enteros sin tener noticias el uno del otro.

—En resumen, no se preocupaba de usted para nada.

—Puede decirse que mi existencia no le quitaba el sueño, en un

sentido u otro. Si iba a verle, me hacía algún regalo… dos o trescientas libras, alguna joya de valor no excesivo… pero nada más. Mis padres, desde luego, no se relacionaban con él en absoluto.

—¿Conoce los motivos?

—No, nunca me lo quisieron explicar. Mi padre era diplomático. Viajaba con mamá hace dos años… Venían de vacaciones a Inglaterra y el avión se hundió en el mar… —dijo Maureen con gran tristeza.

—Lo siento de veras. No lo sabía —murmuró él.

—Gracias, pero ¿por qué me ha hecho tantas preguntas acerca del abuelo?

—Terminaré de contárselo luego —respondió Calhoun, porque ya estaban casi en la puerta de la casa del guardabosque—. Pero debe saber, sin embargo, que usted tenía razón al romper con Gibbon. Era un indeseable.

—¿Era? ¿Ha muerto, Kid?

—Todos los indicios apuntan en esa dirección, aunque es preciso confirmar su muerte. Bueno, como acabo de decir, más tarde hablaremos con todo detenimiento y sabrá cosas que la llenarán de asombro.

—Me va a matar de curiosidad —sonrió la muchacha.

—La curiosidad sólo es peligrosa en determinadas circunstancias- dijo Calhoun, con la mano en el picaporte de la puerta.

—Como ahora, por ejemplo.

El joven sacó el revólver que había pertenecido a Steeck.

—Esto nos evitará el peligro —contestó.

Y abrió la puerta de la casa del guardabosque.

Capítulo XI

El silencio era total. Asomando medio cuerpo en el interior, Calhoun escuchó unos momentos.

Detrás de él, Maureen dijo en voz baja:

—Es probable que el viejo esté aún durmiendo.

Entonces, Calhoun vio algo que colgaba de la pared.

—Quizá. La escopeta sigue aquí —murmuró.

Terminó de entrar en la casa y descolgó el arma. Estaba cargada y retiró los cartuchos, dejándola luego en el mismo sitio.

—Vamos al primer piso —dijo—. Si el viejo está durmiendo, le cerraremos la puerta por fuera.

—Es ilegal…

—Esta casa le pertenece a usted, Maureen.

—Sí, pero viven ellos, Kid.

—¿Le pagan alguna renta?

—Chane me dijo que no pagaban nada, aunque suponía que debían de haber hecho un trato privado con el abuelo en tal sentido.

—Usted es la dueña ahora de Hetwell Hills y tiene todos los derechos sobre la propiedad, incluyendo el de expulsar a las personas que ocupan indebidamente una parte de esa propiedad. Si no hay contrato escrito, usted no tiene ningún compromiso con los Havistock.

—Me resultará duro decírselo, Kid.

—En tal caso, permítame que la represente, al menos en este asunto. ¿De acuerdo?

—Sí —accedió la muchacha.

Sin hacer el menor ruido, subieron al primer piso, tres dormitorios y todos estaban vacíos. Uno de ellos, sin embargo, mostraba señales de haber sido ocupado durante la noche.

Los otros dos aparecían en perfecto orden. Calhoun investigó también el baño y hasta un armario ropero situado en el pasillo.

—Es curioso —murmuró—. No hay rastro del viejo y tampoco ha salido de caza. ¿Dónde diablos se habrá metido?

—Lo ignoro —contestó Maureen—. He estado vigilando la casa desde que se hizo de día y puedo asegurarle que Havistock padre no ha salido en ningún momento.

—Quizá esté abajo… en el pasadizo secreto. Pero eso es algo que veremos muy pronto.

Inmediatamente, descendieron a la planta baja y entraron en la

cocina. Calhoun vio una enorme olla al fuego.

El tamaño del recipiente le hizo sentir extrañeza. Acercándose a la cocina, levantó la tapa y olfateó unos instantes.

—Huele bien, pero aquí hay comida para media docena de personas al menos —dijo.

—Tal vez guisan para unos cuantos días —apuntó la muchacha.

—Y así se evitan luego el trabajo consiguiente. De todas formas, no quiero que se queme el guisado.

Calhoun apagó el fuego. Luego se acercó a la alacena mencionada por Felicia Chane.

—Bien, aquí está la entrada del pasadizo —dijo—, ¿Se atreve a seguir adelante? Maureen vaciló. Al cabo de unos segundos, hizo un gesto de asentimiento. —Sí, abra, Kid.

Calhoun agarró una esquina de la alacena con ambas manos y tiró con fuerza. Sonó un chasquido y luego el mueble giró suavemente a un lado.

—La señora Chane no me engañó —dijo satisfecho, al ver el negro hueco que había al otro lado. Una escalera arrancaba a menos de un metro de la abertura. Tomó la linterna de manos de la joven, la encendió y emprendió el descenso sin vacilar.

El ambiente era desagradable. Flotaba un olor a humedad, que le hizo arrugar la nariz. También percibió, aunque no tan intensos, otros olores no menos ingratos.

Aspiró con fuerza. De pronto, creyó percibir un leve hedor a carne ya corrompida. No obstante, calló, para no alarmar a la muchacha.

Peldaño a peldaño, descendieron hasta el fondo del subterráneo, situado a unos cinco metros del suelo de la cocina. El túnel, era angosto, de poco más de un metro de anchura y dos de altura. El suelo era de arena fina, húmeda, pero suelta.

Lentamente, en medio de un ominoso silencio, fueron recorriendo el túnel hasta que, de pronto, a unos cincuenta metros de la entrada, Calhoun divisó algo que le hizo arrugar el ceño.

El suelo estaba allí ligeramente abombado. Pisó con fuerza y notó una siniestra blandura.

—¿Qué sucede, Kid? —preguntó la muchacha.

Calhoun no contestó. Miró a derecha e izquierda, moviendo la linterna para alumbrarse y, de pronto, divisó unas herramientas apoyadas en la pared.

—Me gustaría que no estuviera aquí en estos momentos —dijo, mientras agarraba una pala.

—No soy tan floja como le parece —protestó ella.

—Entonces, tendré que confiar en su fortaleza.

Empezó a trabajar de inmediato. Allí se había cavado una tumba y

la tierra se había esparcido luego por los alrededores, pero la tarea había sido realizada defectuosamente y el abombamiento del suelo, pese a ser muy pequeño, había delatado la siniestra excavación. Resultaba evidente, por otra parte, que su autor había confiado en que nadie conocía el secreto del pasadizo y que la existencia de la sepultura pasaría desapercibida eternamente.

A los pocos minutos, notó que el filo de la pala tocaba algo blando. La dejó a un lado, se arrodilló y continuó la labor con las manos.

Tardó muy poco en dejar algo al descubierto. Maureen ahogó un gemido de terror. —¡Dios mío! ¡Es él!

—Sí, es Gibbon.

El rostro del sujeto aparecía enmarcado por la tierra que lo rodeaba y tenía un espantoso color amarillento. Oleadas fétidas se desprendían de aquel lugar. El proceso de descomposición ya se había iniciado.

—Debió de matarlo la fiera y luego, los Havistock lo enterraron— supuso la joven.

Calhoun hizo un gesto negativo.

—No —contradijo—. Murió más rápidamente, casi en el acto. Tiene un balazo en el cuello. Probablemente, le interesó la columna vertebral—. Mientras hablaba, volvía a cubrir lo que había excavado —. Y, a partir de ahora, lo que pase aquí corresponde a la policía.

—¿Piensa avisarla?

—Es lógico, Maureen.

Calhoun terminó la tarea y aplanó un poco el suelo con la pala.

—Sigamos —dijo.

Caminaron a lo largo del túnel hasta llegar a la mitad, aproximadamente, en donde vieron un enorme jergón, con algunas mantas, todo ello situado sobre una plataforma de madera. Había un gran cántaro, mediado de agua, y un plato vacío. Por el suelo se divisaban algunos huesos, completamente mondos.

—¿Quién vive aquí? —se asombró Maureen.

Calhoun se inclinó y examinó algunos de los huesos.

—Sea quien sea, no es persona amante de la higiene —dijo.

—Tal vez un caníbal…

—No exagere; son huesos de vaca y de cordero. Pero sigamos.

Momentos después, llegaban al final del túnel. Había allí una escalera que terminaba en un rellano, situado a unos cuatro metros del suelo. Calhoun ascendió resueltamente y se detuvo bajo un cuadrado que se distinguía nítidamente en el techo y que tenía aproximadamente un metro de lado.

Había un cerrojo y lo descorrió. Luego empujó hacia arriba.

La trampilla cedió con bastante dificultad, ya que era muy pesada.

Al levantarla, Calhoun se extrañó de no ver nada.

—¿Dónde estamos? —preguntó Maureen, situada a su lado.

Calhoun movió la linterna. Una sonrisa apareció en sus labios.

—Creo que ya he averiguado el secreto —dijo—. Venga aquí y mire.

Ella se acercó un poco.

—¡Cielos, es el arcón! —exclamó.

—Justamente. La trampilla, al levantarse, empuja el suelo del arcón. Es de suponer que cuando se conoce el truco, se puede llegar aquí por la ruta inversa, es decir, levantando el suelo del cofre, cosa que no se nos ocurrió el día en que lo movimos de su sitio.

—Ahora estoy segura de que fue eso lo que hizo Core —dijo Maureen—, Sin duda, conocía el truco, pero ¿quién se lo dijo?

—Esos individuos llegan a enterarse de cosas que pasan desapercibidas para el común de los mortales —contestó él—. Bien, ¿qué le parece si salimos a su casa?

Había una escalera de peldaños metálicos empotrados en la pared y la utilizó para ganar un poco de altura y levantar la tapa del arcón. Momentos después, se hallaba en el vestíbulo, inclinado para ayudar a Maureen a salir, del pasadizo.

Una vez que estuvo fuera, se tumbó en el suelo.

—Maureen, ¿quiere bajar el fondo del arcón?

—Claro, Kid.

La joven hizo lo que le decían. Calhoun se levantó instantes después.

—Un truco muy inteligente —dijo sonriendo—. El fondo del arcón, al girar, mueve los resortes de apertura de la trampilla y viceversa. Hay una especie de palanca, disimulada en una pata central posterior, que presiona sobre esos resortes y, al mismo tiempo, los libera cuando se levanta el fondo del cofre.

—Tanto trabajo, ¿para qué, Kid?

—A ellos debía de resultarles muy útil, Maureen. Lo más probable es que el pasadizo fuese construido en tiempos de los primero Havistock. Posteriormente, alguien perfeccionó el sistema de apertura… y, es evidente, alguien usa el túnel como refugio.

—¿Un prisionero?

—En todo caso, se habrá escapado, aunque no lo creo. Esta gente no mantiene prisioneros.

Maureen se estremeció al comprender el significado de aquellas palabras.

—Creo que convendría tomar un poco de café —dijo—. Iré a pedírselo a Sara… La joven se alejó. Segundos después, Calhoun oyó un grito:

—¡Kid!

El joven echó a correr de inmediato. Al llegar a la cocina, vio a Maureen junto a una mujer que yacía en el suelo, completamente inmóvil.

—Es Sara —dijo ella, temblando convulsivamente, de la cabeza a los pies.

* * *

En el mentón de la sirvienta había una pequeña hinchazón, que ya empezaba a tomarse de color violáceo. Calhoun levantó a la mujer en brazos y la condujo al dormitorio, situado en la misma ala. Maureen se tranquilizó, al ver que Sara había perdido el conocimiento y no estaba muerta como había creído en un principio. Maquinalmente, se inclinó y recogió una enorme sartén que había en el suelo. Luego puso agua a calentar.

Momentos después, llegaba al dormitorio con una bandeja en las manos. Sara había vuelto ya en sí, aunque todavía parecía un tanto aturdida. El café la reanimó notablemente.

—He pasado un miedo horrible, señorita… —declaró, cuando se encontró en condiciones de hablar—. La fiera entró en casa…

—¿La fiera? —dijo Calhoun, atónito.

—Sí, señor. Era un monstruo horrible, peludo, con ojos de fuego… Gruñía horriblemente y quiso atacarme… Yo agarre una sartén y empecé a golpearle… El estiró una de sus zarpas y me alcanzó en la mandíbula,… Eso es todo lo que recuerdo.

—Sara, por favor, díganos qué aspecto tenía —pidió el joven.

—Bien, pues… parecía un oso gigantesco… Una especie de gorila… como King-Kong…

—¿Tan grande? —respingó Maureen.

—Bueno, yo lo digo por los pelos… Es alto más o menos como el señor, pero mucho más voluminoso y con unos dientes horribles… Olía espantosamente, a muerto…

Calhoun asintió. Aquel ser, fuese lo que fuese, vivía en el pasadizo y su enorme tamaño explicaba la olla rebosante de comida que habían visto en la cocina de la otra casa.

—Entonces, no sabe por dónde escapó.

—No, señor —contestó la sirvienta—. Ya le dije que perdí el conocimiento…

Maureen sintió un escalofrío.

—Kid, pudimos habernos tropezado con la fiera…

—Tuvimos suerte —dijo él escuetamente. Hizo un movimiento con la cabeza—. Venga, por favor.

Ella le siguió. Una vez fuera de la cocina, Calhoun dijo:

—Creo que tengo el enigma casi completamente resuelto. Luego iré al pueblo; aquí no hay teléfono y quiero que en mi oficina me anticipen los informes que, seguramente, me habrán enviado por correo. Pero voy a tratar de evitar sorpresas desagradables.

—¿Cómo? —quiso saber Maureen.

—Voy a buscar piedras y las pondré dentro del arcón; así no podrán levantar el fondo desde el pasadizo. Y si no encuentro piedras, llenaré sacos con tierra, o sábanas, con las cuatro puntas atadas… El caso es que haya un peso suficiente en el fondo del cofre, que impida sea levantado desde abajo.

—Le ayudaré Kid —dijo ella, resuelta.

Inmediatamente, pusieron manos a la tarea. En la parte posterior de la casa, encontraron unos cuantos pedruscos, casi cubiertos por la maleza. Luego, en el cobertizo de las herramientas de jardinería, hallaron varios sacos.

Hicieron varios viajes, sin tomarse un momento de descanso. Media hora más tarde, dieron la labor por terminada.

—Hay más de doscientos kilos —dijo Calhoun—. Ni siquiera la fiera, con su descomunal fuerza, podría levantar el fondo del cofre. Ah, suelte a «Kattoo» y téngalo siempre junto a usted.

—Lo haré ahora mismo, Kid —prometió la muchacha.

En aquel instante, se oyó ruido de maderas que se rompían. Intrigado, Calhoun levantó la tapa del arcón.

—Bueno, la madera del fondo debía de estar carcomida y no ha podido resistir el peso de… Eh, ¿qué es eso? —exclamó súbitamente.

Inclinándose dentro del cofre, apartó un pedrusco. La madera había saltado en astillas, que echó a un lado, dejando a la vista algo que les llenó de asombro.

—¡Increíble! —dijo Maureen—, Era un falso fondo y está lleno de billetes…

Pronto encontró Calhoun la explicación del enigma.

—El fondo estaba formado por dos planchas de madera muy fina. Tenga en cuenta que tiene dos metros de largo por uno de ancho. Hay espacio más que suficiente para colocar entre ambas capas otra de billetes de banco. Con sólo un par de centímetros de hueco, se pueden guardar ahí cien mil libras, sin la menor dificultad.

—Y ellos no consiguieron encontrar el dinero.

Calhoun sonrió.

—La suerte ha estado de su lado, Maureen. Y no cabe duda de que se lo merecía. ¿Puedo usar su coche para ir más rápido a Stodd Green?

—Pero vuelva pronto —pidió ella, aprensiva.

—Tiene a «Kattoo» y su revólver —contestó el joven.

Capítulo XII

Calhoun regresó pasadas las cuatro de la tarde, poniendo así fin al nerviosismo de Maureen, que no había tenido un momento de tranquilidad desde que el joven se fue al pueblo. Con gran extrañeza, le vio llegar acompañado de un hombre de uniforme.

—El sargento Donnell —dijo Calhoun—. Lo necesitaremos.

—Señorita Delbert… —saludó el policía.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, fornido, de rostro sanguíneo y expresión amistosa.

—El señor Calhoun me ha contado todo lo que pasa aquí —añadió Donnell.

—¿Qué piensan hacer ahora? —preguntó la muchacha.

—Iremos inmediatamente a la casa del guardabosque. Reinald salió del pueblo hace una hora y ya estará de vuelta —contestó Calhoun.

—Tendré que arrestar a los dos —manifestó Donnell—. No puedo prejuzgar su conducta, pero estimo que son culpables, por lo menos, del asesinato del señor Gibbon.

—Se han producido otras muertes, sargento —dijo Maureen.

—Causadas por la fiera, indudablemente… pero los Havistock son responsables de tener esa bestia feroz en su casa, en lugar de enviarla a un lugar más seguro. Cuando quiera, señor Calhoun —indicó el policía.

Maureen dio un paso hacia adelante.

—Yo también iré —manifestó resueltamente—. A fin de cuentas, están en mi propiedad y, por lo que sé, ilegalmente.

Donnell se volvió hacia el joven. Calhoun hizo un gesto afirmativo.

—Sí, puede venir, sargento.

—Muy bien, no hay inconveniente.

«Kattoo» quedó en la casa. Cuando salían, Calhoun agarró el brazo de la muchacha.

—Los Havistock tendrán que explicarnos también qué fue del tercero de la familia —dijo.

—¿Hay otro Havistock más? —respingó ella.

—El hermano mayor de Reinald. Vinieron de los Estados Unidos hace años, eso es seguro. Durante mucho tiempo, vivieron en Londres, entregados, parece, a ciertos trabajos de laboratorio, que se realizaban bajo la dirección del padre. Luego desaparecieron y, según todos los indicios, fue entonces cuando se establecieron aquí.

—Pero Reinald, creo, trabajaba en un teatro…

—Lo hacía para ganar algo de dinero, aunque también ayudaba a los otros dos en sus horas libres. Además, ya sabe, intervenía en las estafas, adoptando otras identidades. Lo que no he podido averiguar, en cambio, fue qué les hizo venir aquí, a Hetwell Hills.

—El dinero de mi abuelo, naturalmente.

—En parte, puede que tenga razón. Pero creo que hubo otro motivo mucho más poderoso y ahora lo sabremos —contestó Calhoun.

La casa del guardabosque estaba ya a la vista. Calhoun se adelantó unos pasos, llegó a la puerta y llamó con fuerza.

Transcurrió casi un minuto antes de que se abriese la puerta. La figura del viejo Havistock se recortó en el umbral.

—¿Qué es lo que desean? —preguntó hostilmente—. ¿Por qué viene a molestarme a estas horas?

Donnell sacó el pecho.

—Señor Havistock, vengo a arrestarle por el asesinato de Core Gibbon y le prevengo de que todo cuanto diga puede ser utilizado en su contra. No me opondré a que permanezca callado, si es necesario, y en cuanto lleguemos a Stodd Green, podrá buscar un abogado.

—Un asesinato… —bufó el hombre—, ¡Pero eso es absurdo!

—No tanto —dijo Calhoun tranquilamente—. Sobre todo, si se piensa que, en estos momentos, sólo hay un Havistock vivo.

Bruscamente, alargó las dos manos y arrancó las patillas canosas que flanqueaban el rostro del sujeto. Dio otro tirón y la peluca casi blanca saltó por los aires.

Maureen lanzó un grito de sorpresa. Donnell, estupefacto, se quedó petrificado.

—Fue usted un buen artista del transformismo, pero eso se ha acabado ya —dijo el joven sin inmutarse.

* * *

Los ojos de Havistock despedían llamaradas de furia.

—¿Cómo lo ha sabido? —gritó.

—Empecé a sospechar, cuando recordé las entrevistas que tuve con usted —contestó Calhoun—. Y con su padre, naturalmente, pero jamás con los dos al mismo tiempo. En el pueblo también me han dicho que nunca vieron a ambos simultáneamente. Entonces, era fácil suponerse la ausencia del más viejo de los Havistock, sabiendo que el hijo había actuado como transformista de cierto mérito en los espectáculos, imitando a personalidades célebres, incluso del sexo femenino. Por tanto, faltaba el viejo… aunque, desde luego, no tenemos la menor idea de lo que le pudo pasar.

—Tendrá que decírnoslo —intervino Donnell severamente.

Havistock se enderezó, abandonando la apariencia de debilidad de un anciano.

—Si les contase la verdad, no me creerían —gruñó.

—Deje que nosotros decidamos sobre la veracidad de sus palabras. Ahora díganos qué ha sido de su padre —pidió Calhoun.

—Está muerto.

—Me lo suponía. ¿Qué le pasó?

Havistock dio media vuelta y se alejó unos pasos, terriblemente alterado. Durante unos segundos, guardó silencio.

—Lo mató mi hermano —dijo al cabo.

—¿Y dónde está su hermano, señor? —preguntó Donnell.

Havistock volvió a callar. De pronto, Calhoun creyó intuir la verdad.

—¿Es el ser que vive en el sótano?

Havistock giró en redondo.

—¿Quién se lo ha dicho? —aulló.

—Responda —ordenó el policía.

—Sí, es él, pero…

Havistock buscó una botella, se sirvió una copa y la vació de un trago.

—Mi padre fue siempre un tipo medio chiflado, con sus experimentos científicos —habló con voz ronca—. Seth, mi hermano, también le ayudaba. Tratábamos de dar con un método rejuvenecedor de las células del organismo. Bueno, mi tarea era insignificante, pero estaba tan convencido de que mi padre acabaría por conseguir el éxito, que no podía negarme a ayudarles en mis horas libres.»Cierto día, uno de los experimentos fracasó. No me pregunten qué sucedió; mis conocimientos de biología son muy limitados. Alguna dosis inadecuada, evidentemente, alteró las sustancias con las que experimentaban. Seth no se percató de que tenía un arañazo en una mano. Unas gotas del líquido cayeron precisamente sobre la herida. De momento, no pasó nada, pero a los pocos días, empezó a notar un anormal crecimiento del vello y un extraño aumento en su corpulencia.

»En menos de dos semanas —prosiguió Havistock—, Seth se transformó en un ser monstruoso, horrible, pero lo peor de todo fue, aunque ello tardó más en suceder, que su mente empezó también a alterarse, degradándose hasta un punto que apenas si superaba a la de un animal. Mi padre horrorizado, decidió esconderlo y me pidió ayuda. Yo conocía ya el viejo Delbert y éste nos cedió la casa del guardabosque. Nos enseñó también el túnel secreto y…

Havistock se interrumpió. Respiraba profundamente y sus ojos

volteaban en las órbitas. Calhoun llegó a temer una violenta reacción del sujeto y metió la mano en el bolsillo donde guardaba el revólver que había pertenecido a Steck.

—Mi padre —continuó Havistock al cabo de unos momentos— se sintió tentado en más de una ocasión de practicar la eutanasia con el pobre Seth. Pero no se atrevió y más le hubiese valido hacerlo porque Seth, un día, se enfureció y lo mató. Fue su última oportunidad, porque mi padre, creo, estaba ya a punto de dar con el «antídoto» que habría remediado su situación. Claro que Seth no lo comprendió, ni lo comprendería ahora y yo… yo no me atrevo a acabar con sus sufrimientos…

—Sin embargo, acabó con Gibbon —acusó Calhoun.

—Eso es diferente. Discutimos y… Bueno, tuve que pegarle un tiro.

—Discutieron por el dinero de mi abuelo —intervino Maureen.

—No se puede decir que tuviese un origen honesto —respondió Havistock cáusticamente—. Teníamos tanto derecho a esas cien mil libras, como él, aunque debo decir que no las hemos encontrado hasta ahora.

—Usted estaba a punto de hallarlas —dijo Calhoun.

—Bueno, tenía que dar largas a la señora Valley…

—El dinero ha aparecido —exclamó Maureen.

Havistock levantó las cejas.

—¿Dónde estaba?

—En el suelo del arcón. Era un doble fondo.

—¡Imbécil de mí! —barbotó el sujeto—. No se me ocurrió…

—Tendrá que responder de varias muertes —dijo Donnell—. Su hermano, si es cierto lo que nos ha contado, mató a tres personas, por lo menos. Debería haberlo internado en alguna institución benéfica y lo tuvo aquí, encerrado como una fiera… como lo que es, en realidad.

—¡No hable así de Seth! —gritó Havistock—. Es un ser humano.

—Ya no —contradijo Calhoun—. Ni siquiera tiene figura de persona…

Repentinamente, se oyó un terrible estruendo.

Un mueble saltó hecho pedazos y todo lo que había en él, platos, jarras, copas, cayó al suelo con espantoso fragor. Calhoun sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡El monstruo ha escapado! —dijo.

Apenas había pronunciado tales palabras se oyó el ruido de una puerta que saltaba en mil astillas. Maureen chilló aterrada al ver aquella horrenda aparición.

Calhoun se puso delante de la muchacha. El aspecto de Seth Havistock, era indescriptible. Medía casi dos metros de altura y poseía una corpulencia prodigiosa. Los pelos que cubrían enteramente su

figura eran larguísimos, y formaban una espesa capa que apenas si dejaba libres los ojos y la boca. Incluso las fosas nasales aparecían ocultas por aquel repugnante vello, de color rojizo oscuro que, en algunos lugares, alcanzaba más de veinte centímetros de longitud. Resultaba lógico, pensó Calhoun, que se hubiese dado crédito nuevamente a la leyenda de la fiera de los Havistock.

Pero el examen de las huellas de sus mordiscos, hecho por los forenses del Yard, indicaba claramente que las heridas habían sido hechas por un ser humano y no por una fiera auténtica.

Havistock se encaró con el monstruo.

—¡Atrás, Seth; vuelve a tu sitio! —ordenó.

El ser gruñía horriblemente. De pronto, alargó ambas manos y las cerró sobre el cuello de su hermano.

Havistock se debatió solamente unos segundos. Se oyó un espanto crujido de huesos rotos y el cuerpo de Havistock se desmadejó súbitamente.

Calhoun sacó un revólver. Donnell hizo lo mismo. Sólo había una forma de defenderse de la fiera que en tiempos había sido hombre.

Pero, de súbito, Seth se desplomó al suelo. Cayó como una masa inerte y ya no se movió más. Calhoun reaccionó vivamente. Se arrodilló junto al monstruo y tocó su velludo pecho. Al cabo de unos instantes, se incorporó y meneó la cabeza.

—Ha muerto —dijo lacónicamente.

* * *

Había llovido recientemente, pero las nubes se retiraban ya y el sol enviaba a la tierra sus benéficos rayos. Olía a humedad y se veían brillar algunos charcos.

«Kattoo» ladró alegremente cuando vio al hombre que se acercaba a la casa. Maureen salió a la puerta y agitó una mano.

Calhoun acarició al animal, que saltaba continuamente a su alrededor. Se acomodó la mochila en la espalda y siguió adelante.

—Creí que no ibas a volver nunca —dijo la muchacha, con un leve tono de reproche en la voz.

—Tuve trabajo y no lo podía dejar —se disculpó él—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Bien. Hay una cuadrilla de obreros que están cegando el túnel. La casa del guardabosque ha sido demolida. Se llevarán los escombros y la tierra será arada, hasta que no quede el menor rastro de un lugar tan siniestro.

—Has hecho bien —aprobó Calhoun—, Ah, ya sé por qué murió Seth. Le falló el corazón. Los especialistas dijeron que tenía que

sucederle inevitablemente. —Debió haberle pasado antes de que cometiera aquellas muertes.

—Sí, pero no fue así. Y, al menos, la muerte de Chane resultó conveniente para Reinald. Chane venía aquí, dispuesto a levantar la tapa del pastel. Ya sabía que no había tal fiera sino que era el hermano de Reinald y también había llegado a la conclusión de que el viejo Havistock estaba muerto.

—Seth no le dio tiempo a chantajear a Reinald

—Sí, se le escapaba más veces de lo que sería deseable, aunque siempre volvía a su guarida.

—Kid, hay algo que no he podido comprender, pese a todo lo que hemos llegado a saber —dijo Maureen—. ¿Por qué atacaba Seth a sus víctimas destrozándolas el cuello a mordiscos?

—Verás —explicó el joven—. Su transformación le había desarrollado un apetito insaciable, recuerda la olla llena de guisado que vimos en la cocina. Mordía a sus víctimas, pero un último resto de conciencia humana le hacía imposible comer su carne. En el momento en que percibía el sabor de la sangre, sufría una especie de shock de identificación de su personalidad humana y sentía repugnancia hacia ese «alimento». ¿Lo comprendes ahora? Maureen asintió.

—Pero luego volvía a su estado de embrutecimiento…

—Ahora ya descansa en paz —dijo Calhoun.

Hubo un momento de silencio, luego, los dos jóvenes se miraron y se sonrieron recíprocamente. —Maureen —dijo él por fin—. Me he tomado unas vacaciones otra vez.

—Es una excelente idea.

—Cuantíe vuelva a Londres, tendré mucho trabajo. Los abogados de la firma quieren que me incorpore a ella, como un miembro más. Naturalmente, tengo el título y… ¿Qué te parece?

—Sería magnífico —contestó ella.

—¿Te quedarás a vivir aquí?

—Sólo en ocasiones. Pero el lugar, una vez desprovisto de su siniestra leyenda, me gusta muchísimo.

—Tampoco a mí me desagrada. Lo más atractivo de todo, sin embargo; es su dueña.

Maureen se ruborizó.

—Eres muy gentil —contestó.

—Me gustaría verte con más frecuencia. Confío en que hayas olvidado ciertos momentos, que no es preciso mencionar.

—Ya lo he olvidado todo, te lo aseguro.

—Lo celebro infinito.

De pronto Maureen lanzó una exclamación. —Que distraída soy, Kid aún no te he invitado a pasar —No tiene importancia —sonrió

Calhoun.

Ella le tendió una mano.

—Ven, entra —dijo.

Calhoun se dejó llevar. Kattoo vio una mariposa y se puso a perseguirla.

FIN